

El algebrista

Iain M. Banks

Traducción:
Juan José Llanos Collado



*Para los MacLennan: Andy, Fiona, Duncan,
Nicol, Catriona y Robin*

Prólogo

Tengo una historia que contaros. Tiene muchos principios, y tal vez un final. Tal vez no. Los principios y los finales son cosas contingentes, de todas formas; son intenciones, estratagemas. ¿Dónde comienza realmente una historia? Siempre hay un contexto, siempre hay una épica mayor que la engloba, siempre hay algo previo a los acontecimientos descritos, a menos que empecemos todas las historias con: ¡Bang! ¡Expansión! Ssss..., y a continuación detallemos toda la subsiguiente historia del universo antes de ponernos, al fin, con el relato en cuestión. Del mismo modo, ningún final es definitivo, a menos que sea el fin de todas las cosas...

No obstante, tengo una historia que contaros. Mi papel en ella fue insignificante y no he pensado siquiera en presentarme con algo tan presuntuoso como un nombre propio. No obstante, estuve allí, al principio mismo de uno de esos principios...

Desde el aire, según dicen, la Casa de Otoño parece un gigantesco copo de nieve de color gris y rosa, medio engastado en las ondulaciones de estas verdes colinas. Descansa en la escarpadura larga y poco profunda que forma el límite sur de las mesetas tropicales septentrionales. En el lado norte de la casa se extienden los diversos jardines simétricos y rústicos que es mi deber y mi placer atender. Un poco más lejos, siguiendo la escarpadura, yacen las extensas ruinas de un templo derruido, que según se cree construyó una especie llamada los rehlide. (6 ar., gravemente mermados o extintos, según a qué autoridad decida uno dar crédito. En cualquier caso, desaparecidos hace mucho tiempo).

Las grandes columnas blancas del templo antaño se elevaban alrededor de un centenar de metros en nuestra atmósfera, pero ahora yacen derrumbadas y sepultadas, vastos tubos veteados y aflautados de piedra maciza semienterrados en el terreno de turba baldío que nos rodea. Los extremos más alejados de las columnas caídas (que debieron venirse abajo lentamente, pero de un modo portentoso, en nuestra gravedad subestándar) abrieron grandes zanjas alargadas

en la tierra, como cráteres, creando largos terraplenes dobles con bordes bulbosos redondeados. Durante los numerosos milenios que han transcurrido desde su súbita creación, estos altos ribazos se han desgastado lentamente debido a la erosión y a los numerosos temblores de tierra de poca intensidad de nuestro mundo, de modo que el terreno se ha vuelto a desplomar, rellenando las amplias zanjas donde yacen los extremos de las columnas; lo único visible es una sucesión de suaves ondas en la superficie de la tierra, como una serie de pequeños valles anchurosos, en cuyos límites más alejados surgen las extensiones insepultas de las pilastras, como si fueran los pálidos huesos expuestos de nuestra pequeña luna planeta.

Al caer una columna, y rodar por un valle fluvial poco profundo, formó una suerte de presa cilíndrica y angulosa, por encima de la cual se derrama el agua, que se canaliza por uno de los surcos, de varios metros de profundidad, que embellecen la extensión del fuste, y luego fluye hasta los restos del capitel preciosamente esculpido y una serie de pequeñas y elegantes cataratas que terminan en un profundo estanque justo al otro lado de los setos altos y densos que indican el límite más alejado de nuestros jardines. Desde aquí la corriente se guía y se controla, de modo que parte de sus aguas se dirigen a la profunda cisterna que hay junto a la casa, que proporciona la cabecera de nuestras fuentes de gravedad, mientras que el resto forma el arroyo que sucesivamente discurre con intensidad, se convierte en un torrente, describe un amplio movimiento y serpentea hasta los lagos ornamentales y el foso parcial que rodea la casa misma.

Yo me encontraba sumergido hasta la cintura en las aguas borboteantes, en una parte del arroyo de acusada pendiente, haciendo frente a la corriente con tres extremidades, rodeado de hierbajos y goteantes ramas de exerrodon dendros, podando y chapodando una maraña de matojos especialmente recalcitrante en torno a un pasto elevado de hierbarrena francamente ralo (básicamente un experimento noble pero fallido, que intentaba persuadir a esta variedad notoriamente tupida para que... ah: puede que me venza el entusiasmo, y divague: olvidad la hierbarrena) cuando el joven amo, que regresaba de su paseo matutino, silbando, con las manos entrelazadas a la espalda, por los altos jardines de roca, se detuvo en el sendero de gravilla que transcurría por encima de mí y me sonrió. Yo me volví y levanté la vista, sin dejar de cortar, y asentí con toda la formalidad que me permitía mi postura un tanto incómoda.

La luz del sol caía a raudales del cielo púrpura visible entre la curva del horizonte oriental (colinas, calima) y la enorme mole descollante del gigante gaseoso Nasqueron, que llenaba la mayor parte del cielo (abigarrado con todos los colores del espectro por debajo del amarillo chillón, con un sinnúmero de motas, por todas partes dividido y marcado con salvajes garabatos líquidos). Un espejo síncrono situado casi encima de nosotros trazaba una fina línea de color blanco amarillento por los mayores puntos tormentosos de Nasqueron, que se desplazaba pesadamente por el cielo, como un cardenal de color marrón anaranjado del tamaño de mil lunas.

—Buenos días, jardinero jefe.

—Buenos días, observador Taak.

—¿Cómo están nuestros jardines?

—En general sanos, diría yo. En buena forma para la primavera. —Podría haber procedido a ofrecerle muchos más detalles, naturalmente, pero esperé a elucidar si el observador Taak se limitaba a complacerse con un discurso fático. Él hizo un ademán con la cabeza en dirección al torrente de agua que rompía en torno a mis miembros inferiores.

—¿Estás bien ahí dentro, J.J.? Parece un poco violento.

—Estoy bien sujeto y anclado, gracias, observador Taak. —Vacilé (y durante la pausa oí que alguien pequeño y ligero ascendía corriendo los escalones de piedra hasta el sendero de gravilla, un poco más lejos, siguiendo el jardín), y a continuación, como el observador Taak seguía mirándome, exhortante, añadí:

—El flujo ha subido porque las bombas inferiores están en marcha, poniendo las aguas en circulación, para que así podamos limpiar los hierbajos flotantes de uno de los lagos. —La personita que se acercaba alcanzó la superficie desgranada del sendero a veinte metros de distancia, y siguió corriendo, esparciendo la gravilla.

—Entiendo. No pensaba que hubiera llovido tanto últimamente. —Asintió—. Bueno, sigue así, J.J.—dijo, y se volvió para marcharse, y entonces vio a la que corría hacia él. Yo sospechaba, por el ritmo de sus pasos apresurados, que se trataba de la muchacha Zab. Zab todavía está en edad de correr siempre de un sitio a otro a menos que se lo prohíba un adulto. Sin embargo, me pareció detectar una urgencia intencionada en sus andares. El observador Taak sonrió y frunció el ceño al mismo tiempo cuando la muchacha se detuvo frente a él, derrapando en la gravilla, se puso la palma de la mano en el pecho de su peto amarillo y se inclinó para aspirar un par de bocanadas profundas y exageradas (largos rizos de color rosa se arremolinaron y danzaron en torno a su rostro) antes de aspirar una bocanada mayor aún y erguirse para decir:

—¡Tío Fassin! ¡El abuelo Slovius dice que vuelves a salir en una comunitarjeta y que si te veo tengo que decirte que vayas a verle inmediatamente!

—¿Eso dice? —dijo el observador Taak, riendo. Se inclinó y cogió a la muchacha por las axilas, elevando su rostro a la altura del suyo, con las botitas de color rosa colgando a la altura de la cintura de sus calzones.

—Sí, eso dice —le dijo ella, y sorbió por la nariz. Bajó la vista y me vio—. ¡Oh! ¡Hola, J.J.!

—Buenos días, Zab.

—Bueno —dijo el observador Taak, alzando más a la niña, dándole la vuelta y bajándola para que se sentara sobre sus hombros—, será mejor que vayamos a ver qué quiere el viejo, ¿verdad? —Empezó a recorrer el sendero que conducía a la casa—. ¿Estás bien ahí arriba?

Ella le puso las manos sobre la frente y dijo:

—*Sip.*

—Bueno, esta vez, ten cuidado con las ramas.

—¡Ten cuidado tú con las ramas! —dijo Zab, pasando los dedos por los rizos castaños del observador Taak. Se volvió para despedirse de mí agitando la mano—. ¡Adiós, J.J.!

—Adiós —exclamé yo, mientras bajaban los escalones.

—No, ten cuidado tú con las ramas, jovencita.

—¡No, ten cuidado tú con las ramas!

—No, ten cuidado tú con las ramas.

—No, ten cuidado tú con las ramas...

1

La Casa de Otoño

Había pensado que estaría a salvo aquí fuera, que no sería más que otra mota ennegrecida y congelada en el vasto velo de escombros helados que envuelven el perímetro exterior del sistema como un sudario helado y mortecino de tejido. Pero se había equivocado y no estaba a salvo.

Se tendió, rotando despacio, y observó indefenso que los rayos de búsqueda destellaban a lo lejos, en las motas áridas y picadas, y supo que su destino estaba sellado. Los inquisitivos zarcillos de coherencia eran casi demasiado rápidos para advertirlos, parecían demasiado efímeros para percibirlos, apenas tocaban, ni daban luz, pero hacían su trabajo al no encontrar nada donde no había nada que encontrar. Solo carbón, residuo y agua helada, dura como el hierro: antigua, muerta, y (si no se la perturbaba) inofensiva.

Cada vez que se apagaban los láseres, sentía que crecía su esperanza, y pensaba, contra toda razón, que sus perseguidores se darían por vencidos, admitirían la derrota, se marcharían y lo dejarían en paz, orbitando allí para siempre. O tal vez podría retroceder hasta la solitaria eternidad del exilio inferior a la velocidad de la luz, o adentrarse a la deriva en un sueño suspendido, o... O también podría (y eso era lo que ellos temían, por supuesto, por eso le daban caza) conspirar, planear, agruparse, hacer, acelerar, construir, multiplicar, acumular y... ¡atacar!... Reclamar la venganza que sin duda le correspondía, y cobrar el precio que todos sus enemigos merecían pagar, según cualquier álgebra de justicia, bajo cualquier sol imaginable, por su intolerancia, su salvajismo, su generacidio.

Entonces reaparecieron los rayos aguja, irradiando a intervalos la escoria helada, negra como el hollín, de otro montón de detritos de color negro percebe, un poco más lejos, o un poco más cerca, pero siempre con un orden rápido y metódico, una precisión militarista, y un sistema cansino y burocrático.

A juzgar por las anteriores estelas de luz, había al menos tres naves. ¿Cuántas tendrían? ¿Cuántas podrían dedicar a su búsqueda? No importaba, en realidad. Podrían tardar un momento, un mes o un milenio en encontrar a su presa, pero era evidente que sabían dónde buscar, y que no se detendrían hasta que hubieran encontrado lo que buscaban o se convencieran de que allí no había nada.

El hecho de encontrarse en un peligro tan evidente, y de que su escondite, aunque enorme, fuera casi el primer sitio donde habían decidido buscarlo, le aterrizzaba, no solo porque no quisiera morir, ni porque lo seleccionaran como era sabido que seleccionaban a los de su especie antes de exterminar a sus víctimas, sino porque si no se encontraba a salvo en aquel lugar, donde había asumido que lo estaría, entonces, dado que muchos de los de su especie habían hecho la misma ascunción, ninguno de ellos estaría a salvo.

Querida Razón, puede que no estemos a salvo en ninguna parte.

Todos sus estudios, todos sus pensamientos, todas las grandes cosas que podrían haber sido, todos los frutos del cambio de la gran revelación que podría haber tenido, cuya verdad ya nunca sabría, y nunca podría contar. Todo, todo para nada. Podía elegir entre irse con elegancia, o no, pero no podía elegir no irse.

Era imposible dejar de elegir la muerte.

Los rayos aguja procedentes de las naves aguja se encendieron y apagaron a lo lejos, en las distancias heladas, y por fin pudo ver el patrón de estos, discernir la batida de cintilaciones de cada nave frente a las demás, y reconocer de este modo la forma de las redes de búsqueda, que le permitían observar, indefenso, cómo la lenta extensión de aquella interrogación mortal se acercaba cada vez más, arrastrándose lentamente.

El archimandrita Luciferos, sacerdote guerrero del culto famélico de Leseo 9 IV y gobernante en la práctica de ciento diecisiete sistemas estelares, más de cuarenta planetas habitados, numerosos hábitats artificiales inmóviles de importancia y varios cientos de miles de acorazados civiles, que era alto almirante ejecutivo del Escuadrón del Ala Oculta de la Flota Ambiental de los Cuatrocientos Sesenta y Ocho (Det.) y que antaño fuera representante humano/no humano rotacional del triunvirato para el Conjunto Epifanía Cinco en la Asamblea Galáctica Suprema, antes del último Caos prolongado y de los últimos retumbos apagados de la Cascada Desconexión, varios años atrás había decapitado al que fuera su mayor enemigo, el cabecilla rebelde Stinausin, había conectado su cabeza sin demora a un mecanismo de soporte vital prolongado y la había colgado boca abajo del techo de su despampanante estudio en el muro exterior de la Ciudadela Escarpada, con vistas a la ciudad Junch y la bahía Farabay, hacia la muesca brumosa y vertical del Espacio Fuerza, para utilizar la cabeza de su adversario como *punching ball* cuando le apeteciera, lo que sucedía bastante a menudo.

Luciferos tenía el cabello largo y liso, de un negro lustroso, y una palidez natural que le habían aumentado hábilmente de modo que su piel pareciese casi blanca. Sus ojos eran artificialmente grandes, pero lo bastante cercanos a las posibilidades congénitas como para que la gente no pudiera estar segura de si estaban aumentados también. El blanco que debería haber tras los iris negros era de color rojo, intenso y lívido, y le habían sustituido cuidadosamente todos los dientes por diamantes puros, lúcidos, que conferían a su boca una apariencia que iba desde la ausencia de dientes, extraña y medieval, hasta un brillo resplandeciente y llamativo, dependiendo por completo del ángulo y de la luz.

En un artista callejero o un actor, estas desviaciones fisiológicas podrían haber sido graciosas, hasta un poco desesperadas; en alguien que blandía el poder que poseía Luciferos, podían ser realmente perturbadoras, hasta terroríficas. El mismo efecto, de mal gusto y terrorífico a partes iguales, podía atribuirse a su nombre, que no era el que le habían dado al nacer. Luciferos era un nombre de su elección, escogido por el parecido fonético con el de una deidad terrestre largamente despreciada, que la mayoría de los humanos (bueno, la mayoría de los rHumanos,* por lo menos) recordaban vagamente de sus estudios de historia, aunque probablemente no pudieran precisar cuándo habían oído la palabra.

También gracias a la manipulación genética, el archimandrita era, y había sido durante algún tiempo, un hombre alto y fornido, con una fuerza considerable en la mitad superior de su cuerpo, y cuando golpeaba con furia (y rara vez golpeaba de otro modo) producía un efecto formidable. El líder rebelde cuya cabeza ahora colgaba boca abajo del techo de Luciferos le había causado al archimandrita enormes dificultades políticas y militares antes de ser derrotado, dificultades que en ocasiones habían rayado en humillaciones, y Luciferos todavía sentía un profundo resentimiento hacia el traidor, un resentimiento que se convertía en furia fácilmente, indefectiblemente, cuando miraba el rostro del hombre, por muy magullado y ensangrentado que este estuviera (las funciones curativas aumentadas de la cabeza eran rápidas, pero no instantáneas), y así, probablemente el archimandrita seguía aporreando y machacando la cabeza de Stinausin con el mismo entusiasmo que cuando la colgase allí, años atrás.

Stinausin, que había soportado este tratamiento durante apenas un mes antes de volverse completamente loco, al que le habían cosido la boca para que dejara de escupir al archimandrita, ni siquiera podía darse muerte; los sensores, los tubos, las microbombas y los biocircuitos le impedían tomar una salida tan fácil. Pero aunque no hubiese tenido esas irrelevantes limitaciones, no podría haber insultado a Luciferos, ni intentado tragarse la lengua, pues le habían arrancado ese órgano al cortarle la cabeza.

Aunque ya había perdido el juicio por completo, a veces, después de una sesión de entrenamiento especialmente intensa con el archimandrita, cuando hilillos de sangre resbalaban de los labios partidos del que antaño fuera cabecilla rebelde, de su nariz fracturada en repetidas ocasiones, y de sus ojos y orejas hinchados, Stinausin lloraba. Luciferos lo encontraba especialmente gratificante, y a veces se detenía, respirando con dificultad y secándose con una toalla, para observar cómo las lágrimas diluían la sangre de la incorpórea cabeza invertida y caían en un amplio plato de ducha de cerámica dispuesto en el suelo.

Últimamente, empero, el archimandrita tenía un nuevo compañero de juegos con el que divertirse, y en ocasiones visitaba la cámara, situada varios niveles por debajo de su estudio, donde estaba retenido el asesino sin nombre cuyos propios dientes le estaban matando lentamente.

* La presente edición respeta las grafías de Iain M. Banks, así como sus licencias léxicas y sintácticas.

El asesino era un varón humano corpulento, de aspecto poderoso y leonino, al que habían enviado sin otras armas que sus dientes especialmente afilados, con los que sin duda quien le enviara había esperado que le arrancase la garganta al archimandrita de un mordisco. Eso es lo que había intentado seis meses antes, durante una cena ceremonial ofrecida allí mismo, en el palacio del precipicio, en honor del presidente del Sistema, un cargo estrictamente honorario que Luciferos siempre se aseguraba de que ocupase alguien de avanzada edad y facultades mermadas. El aspirante a asesino solo había fracasado en el cumplimiento de su misión gracias a la seguridad personal del archimandrita, una fuerza enérgica y en gran medida secreta, cuya previsión rayaba en la paranoia.

El asesino frustrado había sido sometido a una tortura rutinaria, aunque salvaje, y luego a un meticuloso interrogatorio, bajo la influencia de diversas drogas y agentes electrobiológicos, pero no había confesado nada útil. Era evidente que unos técnicos de interrogación por lo menos tan capaces como los que comandaba el archimandrita le habían borrado cuidadosamente cualquier conocimiento que pudiera incriminar a quien le hubiese enviado. Sus controladores ni siquiera se habían molestado en implantarle recuerdos falsos para incriminar a alguien cercano a la corte y al archimandrita, como era habitual en esos casos.

Luciferos, que era uno de esos seres deplorables, un sádico psicópata con una imaginación fértil, había decretado que el castigo final del asesino fuera que sus propios dientes (que eran las armas con que le habían enviado, después de todo) le causaran la muerte. Así pues, le arrancaron los cuatro caninos, los sometieron a ingeniería biológica para convertirlos en colmillos que crecieran sin cesar, y se los volvieron a insertar. Estos grandes colmillos, del grosor de un dedo, habían surgido de los huesos de sus mandíbulas superior e inferior, perforando la carne de los labios, y habían seguido creciendo de forma inexorable. El juego inferior se arqueó por encima de la cabeza y al cabo de varios meses de extensión llegó a tocar el cuero cabelludo cerca de la coronilla, mientras que el juego superior creció describiendo una trayectoria pareja, similar a una cimitarra, bajo su cuello, y tardó aproximadamente el mismo tiempo en llegar a la piel junto a la base de la garganta.

Genéticamente alterados para que no dejaran de crecer ni siquiera cuando encontrasen esta resistencia, ambos juegos de dientes habían empezado a penetrar en el cuerpo del asesino: un par se abrió paso a la fuerza, lentamente, a través de las placas óseas del cráneo; el otro juego entró con mucha más facilidad en los tejidos blandos de la zona inferior del cuello. Los colmillos que se hundían en el cuello del asesino le causaban un gran dolor, pero no constituían una amenaza mortal inmediata; si se les dejaba seguir su curso, con el tiempo volverían a aparecer por la nuca. Los colmillos que le horadaban el cráneo en busca de su cerebro eran los que habrían de producirle una muerte agónica dentro de poco, tal vez un mes.

El infeliz asesino sin nombre no había podido hacer nada por evitarlo porque estaba inmóvil e indefenso, ceñido contra el muro de la cámara con correas y

grilletes de grueso hierro inoxidable, con sus funciones nutricionales y corporales atendidas por diversos tubos e implantes. También le habían cosido la boca, como a Stinausin. Durante los primeros meses de su cautiverio, los ojos del asesino habían seguido a Luciferos por la cámara con una mirada acusadora y fiera que el archimandrita había encontrado irritante al cabo del tiempo, de modo que también había hecho que le zurcieran los ojos.

Sin embargo, sus oídos y su mente todavía funcionaban, según le habían asegurado a Luciferos, y a veces le divertía bajar para ver con sus propios ojos el progreso de los dientes en el cuerpo de la criatura. En estas ocasiones, como había cautivado a su público, por así decir, aunque este fuera discreto por necesidad, a veces le gustaba hablar con el asesino frustrado.

—Buenos días —dijo Luciferos en tono cordial, mientras la puerta del ascensor se cerraba con estruendo tras él. El archimandrita pensaba en aquella cámara, situada en las profundidades excavadas bajo su estudio, como en su guarida. Allí, además del asesino sin nombre, guardaba recuerdos surtidos de antiguas campañas, botín de sus numerosas victorias, obras de arte saqueadas de una docena de sistemas estelares, una colección de armas, tanto ceremoniales como de gran potencia, varias criaturas encerradas en jaulas o en tanques, y las cabezas acumuladas y bien muertas de sus mayores enemigos y adversarios, aquellos cuyo fin no había sido tan absoluto que convirtiera sus restos mortales en radiación, polvo, cieno o tiras de carne y esquilas de hueso (o el equivalente alienígena de este) imposibles de identificar.

Luciferos se dirigió a un tanque profundo y seco semienterrado en el suelo y miró al Devorador Recóndito de su interior, que estaba tendido en el suelo sin moverse, hecho un ovillo. Se puso un grueso guante que le llegaba hasta el codo, introdujo el brazo en un gran tarro que descansaba en el amplio antepecho del tanque, a la altura de la cintura, y arrojó un puñado de gruesas sanguijuelas gigantes negras al interior del tanque.

—¿Cómo estás? ¿Sigues bien? ¿*Humm*? —preguntó.

Un observador no habría podido asegurar si el archimandrita hablaba con el varón humano aprisionado contra el muro, con el Devorador Recóndito, que ya no estaba inmóvil, sino que había alzado su cabeza ciega, de un marrón reluciente, y olisqueaba el aire mientras su cuerpo elongado y segmentado se retorció de expectación, o a decir verdad con las sanguijuelas gigantes, que cayeron al suelo musgoso del tanque con un golpe sordo, una tras otra, y de inmediato empezaron a recorrer la superficie, flexionándose con una suerte de movimiento sinuoso hacia el rincón más cercano, lo más lejos posible del Devorador Recóndito. La enorme masa marrón del Devorador empezó a arrastrarse hacia ellas, y comenzaron a escalar las paredes verticales acristaladas del tanque, encaramándose unas a otras, pero volvían a resbalar en cuanto intentaban subir de nuevo.

Luciferos se quitó el guante y miró en derredor del espacio abovedado y sutilmente iluminado. La cámara era un lugar cómodo y tranquilo en el interior

del precipicio, sin ventanas ni pozos de luz, y allí se sentía a salvo y relajado. Echó un vistazo a la forma oscura y alargada del cuerpo suspendido del asesino y dijo:

—En ningún sitio se esta tan bien como en casa, eh, ¿verdad? —El archimandrita hasta sonrió, aunque no había nadie a quien sonreír.

Hubo un sonido chirriante y un pesado golpe en el interior del tanque, seguidos del sonido de lamentos tan agudos que eran casi inaudibles. Luciferos se volvió a observar cómo el Devorador Recóndito despedazaba a las gigantescas sanguijuelas y se las comía, agitando con violencia su gran cabeza de motas marrones y arrojando trozos de carne negra y pegajosa al exterior del tanque. En una ocasión, había lanzado fuera del tanque a una sanguijuela viva, y casi había acertado al archimandrita; Luciferos había perseguido a la sanguijuela herida con una daga, abriendo profundas hendiduras en el suelo de granito rojo oscuro al asestar tajos y cortes a la criatura.

Cuando se acabó el espectáculo del tanque, el archimandrita volvió a dirigirse al asesino. Volvió a ponerse el guante, cogió otra sanguijuela gigante del tarro y se acercó con parsimonia al hombre sujeto al muro.

—¿Se acuerda de su casa, señor asesino? —le preguntó mientras se aproximaba— ¿Tiene algún recuerdo de ella en la cabeza, *hummm*? ¿De su casa, de su madre, de sus amigos? —Se detuvo frente a él— ¿Algo de eso? —Agitaba el morro húmedo y anhelante de la sanguijuela frente al rostro del asesino mientras hablaba. Se percibieron el uno al otro: la criatura fría que se retorció en la mano del archimandrita se extendió para intentar adherirse a la cara del hombre, y este, que aspiraba el aire por las aletas de la nariz, apartó la cabeza tanto como pudo, intentando al parecer encogerse contra el muro que tenía a sus espaldas (no era la primera sanguijuela gigante que había conocido). Los colmillos que se hundían en su pecho le impedían apartar mucho la cabeza.

Luciferos siguió los movimientos de cabeza del asesino con la sanguijuela, manteniéndola frente a su rostro ligeramente peludo y leonino, permitiéndole oler su masa temblorosa y esforzada.

—¿O le arrancaron todos esos recuerdos cuando le limpiaron, antes de mandarle a que intentase matarme? ¿Eh? ¿Han desaparecido todos? ¿Eh? ¿Eh? —Permitió que el extremo de la boca de la sanguijuela gigante le rozara la nariz, provocándole estremecimientos y espasmos, así como un pequeño gimoteo aterrorizado— ¿Qué, eh? ¿Te acuerdas de tu casa, colega? ¿Un lugar agradable, un lugar donde te sientes sano y salvo con gente en quien confías, y que a lo mejor hasta te quiere? ¿Qué dices? ¿Eh? ¿Eh? Venga. —El hombre intentó apartar aún más la cabeza, tensando la piel fruncida en torno a las punciones del pecho, y una de estas empezó a sangrar. La gigantesca sanguijuela se estremeció en la mano de Luciferos, alargando aún más la boca recubierta de mucosa, intentando aprehender la carne del varón humano. Entonces, antes de que la sanguijuela pudiera adherirse con firmeza, el archimandrita la apartó y la sostuvo con su brazo medio extendido, donde la criatura se balanceó y se retorció con energía, presa de lo que parecía verdadera frustración.

»Este es mi hogar, señor asesino —dijo Luciferos—. Mi casa, mi refugio, que has... invadido, asaltado, deshonrado con tu... tu conspiración. Tu intentona —le tembló la voz al añadir—: Te invité a mi casa, te invité a mi mesa como... como han hecho los anfitriones con sus huéspedes desde hace diez mil años humanos, y tú... lo único que querías era hacerme daño, matarme. Aquí, en mi hogar, donde debería sentirme más seguro que en ningún sitio —El archimandrita meneó la cabeza ante tanta ingratitud. El asesino frustrado no tenía sino un trapo sucio para tapar su desnudez. Luciferos se lo quitó, y el infeliz volvió a estremecerse. Luciferos lo observó con atención—. Sí que te han dejado hecho una pena, ¿verdad? —Observó cómo temblaban y se estremecían los muslos del asesino frustrado. Soltó el taparrabos, que cayó al suelo; un sirviente volvería a ponérselo al día siguiente.

»Me gusta mi hogar, de veras —le aseguró con suavidad—. Cuanto he tenido que hacer, solo lo he hecho para que las cosas fueran más seguras, para que mi hogar fuese más seguro, para que todos estuvieran más seguros —Agitó la sanguijuela gigante hacia los restos de los genitales del prisionero, pero la sanguijuela parecía apática, y el hombre exhausto. Hasta el archimandrita encontraba que la situación ya no era tan divertida. Se volvió bruscamente y se dirigió al tarro que descansaba en la barandilla del tanque, arrojó la sanguijuela en su interior y se quitó el grueso guante.

»Y ahora tengo que irme de casa, señor asesino —dijo Luciferos, y suspiró. Contempló la forma alargada y enrollada del Devorador Recóndito, que estaba otra vez inmóvil. Había cambiado de color, del marrón había pasado al verde amarillento, adoptando el color del musgo en el que reposaba. Lo único que quedaba de las sanguijuelas gigantes eran puntos y manchas negras en las paredes, y un vago olor almizcleño que el archimandrita había aprendido a identificar como el de la sangre de otra especie. Se volvió a mirar al asesino—. Sí, tengo que irme muy lejos, y durante mucho tiempo, y parece que no tengo elección. —Empezó a acercarse lentamente al hombre—. Porque no se puede delegar todo, porque al final, especialmente cuando se trata de las cosas más importantes, no se puede confiar plenamente en nadie. Porque a veces, especialmente cuando te vas muy lejos y las comunicaciones son tan lentas, lo mejor es estar ahí. ¿Qué te parece? ¿Eh? Tiene gracia, ¿no crees? Tantos años trabajando para que este lugar sea seguro y ahora tengo que irme, para intentar que sea todavía más seguro, todavía más poderoso, todavía mejor. —Volvió a acercarse al hombre y le dio unos golpecitos en uno de los colmillos arqueados que se clavaban en su cráneo—. Y todo por gente como tú, que me odia, que no escucha, que no hace lo que se le dice, que no sabe lo que le conviene. —Agarró el colmillo y tiró con fuerza de él. El hombre maulló por la nariz, sufriendo.

»Bueno, la verdad es que no —rectificó Luciferos, que se encogió de hombros y le soltó—. Se podría discutir si esto de verdad hará que estemos más seguros o no. Voy a ese... ese sistema... Ulubis, o como se llame, porque puede que allí

haya algo de valor, porque mis consejeros lo aconsejan y mi gente de inteligencia tiene inteligencia en ese sentido. Nadie está seguro, por supuesto, nunca se puede estarlo. Pero sí que parecen extraordinariamente agitados al respecto. —El archimandrita volvió a suspirar, más profundamente—. Y como soy tan impresionable, voy a hacer lo que sugieren. ¿Crees que hago lo correcto? —Se interrumpió, como si esperase una respuesta—. ¿Lo crees? Es decir, me doy cuenta de que a lo mejor no serías completamente sincero conmigo aunque tuvieras una opinión, pero de todas formas... ¿No? ¿Seguro? —Recorrió la línea de una cicatriz en un lado del abdomen del hombre, preguntándose distraídamente si sería una de las que le habían infligido sus propios inquisidores. Parecía un poco tosca y profunda para ser obra suya. La respiración del asesino fracasado era rápida y superficial, pero este no daba muestras de estar escuchando siquiera. Detrás de su boca sellada, sus mandíbulas parecían moverse.

»Verás, por una vez yo tampoco estoy absolutamente seguro, y me vendría bien un consejo. A lo mejor lo que estamos planeando no hace que todos estemos más seguros en absoluto. Pero hay que intentarlo. Así son las cosas, ¿eh? —Le propinó una bofetada, sin fuerza, pero el hombre se estremeció de todas formas—. Pero no te preocupes. Tú también puedes venir. Es una gran flota invasora. Hay sitio de sobra. —Miró en torno a la cámara—. De todas formas, me parece que pasas demasiado tiempo aquí encerrado; te vendría bien salir más. —El archimandrita Luciferos sonrió, aunque seguía sin haber nadie a quien sonreír—. Después de tantas molestias lamentaría perderme tu muerte. Sí, ¿por qué no vienes conmigo? A Ulubis, a Nasqueron.

Un día de la subestación de Desuso II, el tío de Fassin Taak convocó a su a veces problemático sobrino a la cámara del Olvido Provisional.

—Sobrino.

—Tío. ¿Deseabas verme?

—Hummm.

Fassin Taak esperó cortésmente. Últimamente no era extraño que tío Slovius guardara silencio durante un tiempo, reflexionando, al parecer, incluso después de un diálogo tan simple y técnicamente redundante, como si se hubieran dado el uno al otro algo profundo y realmente inesperado en que pensar. Fassin no estaba seguro de si ese hábito indicaba que su tío se tomaba su deber con una seriedad especial y solemne, o significaba simplemente que el viejo empezaba a chochear. En cualquier caso, tío Slovius había sido el paterfamilias de la septa de observadores Bantrabal durante casi tres siglos, o catorce, según cómo se calculara el paso del tiempo, y en general se consideraba que se había ganado el derecho a que le complacieran en estas cuestiones.

Como buen sobrino, devoto miembro de la familia y leal oficial del claustro, Fassin respetaba a su tío por principios y por cariño, aunque era consciente de que su actitud podía estar influenciada por el hecho de que, según las costumbres de

su familia y las reglas de su casta, la antigüedad y la deferencia que en la actualidad se concedían a su tío habrían de recaer sobre él algún día. La pausa continuó. Fassin hizo una leve reverencia.

—Tío, ¿puedo sentarme?

—¿Eh? Oh, sí. —Tío Slovius alzó una mano semejante a una aleta y la agitó vagamente—. Por favor, siéntate.

—Gracias.

Fassin Taak se remangó los calzones de paseo, recogió las amplias mangas de su camisa y se sentó decorosamente junto al gran estanque circular, lleno de un líquido azul luminoso que humeaba suavemente, donde flotaba su tío. Hacía varios años que tío Slovius había asumido la forma de una morsa. Una morsa de color rosado y beis, relativamente esbelta, cuyos colmillos solo eran un poco más largos que el dedo corazón de un hombre, pero una morsa al fin y al cabo. Las manos que antaño poseyera tío Slovius habían desaparecido: ahora eran aletas, al final de dos brazos delgados, más bien desiguales y de aspecto ineficaz. Sus dedos eran poco más que rabillos, festones que ribeteaban los extremos de sus aletas. Abrió la boca para hablar, pero en ese momento uno de los sirvientes domésticos, un varón humano con uniforme negro, se acercó, y se arrodilló al borde del estanque para susurrarle algo al oído. El sirviente mantenía su coleta fuera del agua con una mano llena de anillos. Las ropas oscuras, el pelo largo y los anillos indicaban que se trataba de uno de los criados de mayor antigüedad. Fassin se dijo que debía saber su nombre, pero no pudo recordarlo de inmediato.

Miró en derredor de la sala. La cámara del Olvido Provisional era una de las partes de la casa que rara vez se utilizaban, y solo entraba en acción, por así decir, en estas ocasiones, cuando se acercaba el deceso de un anciano miembro de la familia. El estanque ocupaba la mayor parte del suelo de la sala, grande y vagamente semicircular, con paredes de ágata tan finas que parecían translúcidas, taraceadas con vetas de plata apagada por el tiempo. Aquella cúpula formaba parte de un ala en forma de burbuja de la Casa de Otoño familiar, situada en el continente Doce de la rocosa luna planeta ¿glantina, que orbitaba la llamativa masa de remolinos nubosos del gigante gaseoso Nasqueron como un grano de pimienta alrededor de un balón de fútbol. Una pequeña porción de la inmensa superficie del planeta era visible a través de la sección central transparente del techo de la cúpula, situada directamente sobre Fassin y su tío.

En la parte de Nasqueron que veía Fassin era de día: ostentaba un caótico paisaje nuboso de color escarlata, naranja y marrón oxidado, y las sombras acumuladas producían una luz de color rojo intenso que surcaba el cielo violeta de la atmósfera apenas respirable de ¿glantina y atravesaba la cúspide de vidrio de la cúpula, contribuyendo a iluminar la cámara y el estanque de debajo, donde el sirviente de negro atuendo sostenía a tío Slovius mientras sorbía de un vaso de precipitación una sustancia que igual podía haber sido un refresco que una medicina. Algunas gotas del líquido claro se escaparon de la boca de tío Slovius, resbalaron por su barbilla entrecana hasta los pliegues de su cuello y gotearon en el estanque azul,

donde unas ondas elevadas se agitaron en la gravedad subestándar. Tío Slovius profirió unos gruñidos quedos, con los ojos cerrados.

Fassin apartó la vista. Otro sirviente se acercó a él para ofrecerle una bandeja de bebidas y dulces, pero él sonrió y levantó una mano en señal de rechazo, y el sirviente hizo una reverencia y se retiró. Fassin clavó la mirada cortésmente en el techo de la cúpula y la vista del gigante gaseoso, mientras observaba por el rabillo del ojo cómo el sirviente que atendía a su tío le limpiaba los labios al anciano con una servilleta pulcramente doblada.

Magistral, inconsciente, moviéndose de un modo casi imperceptible, con una especie de serenidad tumultuosa, Nasqueron giraba sobre ellos como una enorme brasa brillante suspendida en el cielo.

El gigante gaseoso era el planeta más grande del sistema Ulubis, situado en un remoto margen de la Corriente Cuaternaria, uno de los arrecifes de zarcillos meridionales, en la periferia de la galaxia, a cincuenta y cinco mil años de distancia del centro nominal de esta, lo más lejos que se podía llegar dentro de la gran lente.

Había distintos niveles de lejanía, sobre todo en la actual era de posguerra, y el sistema Ulubis estaba clasificado como el quinto infierno en todos ellos. Pero el hecho de encontrarse en los límites más apartados de la galaxia, suspendido muy por debajo del plano galáctico, donde los últimos vestigios de estrellas y gas daban paso al vacío que se extendía al otro lado, no significaba necesariamente que un lugar fuera inaccesible, siempre y cuando estuviera próximo a un portal arterial.

Las arterias, los conductos, así como los portales que constituían sus entradas y salidas, lo eran todo en la comunidad galáctica; representaban la diferencia entre arrastrarse a todas partes por debajo de la velocidad de la luz y hacer transiciones casi instantáneas de un sistema estelar a otro. Su repercusión en la importancia, la economía y hasta la moral de un sistema era igualmente dramática y veloz. Sin uno, era como si estuvieras atrapado en un pueblecito, en un valle aburrido y embarrado, y pudieras quedarte allí toda la vida. Una vez se emplazaba el portal de un conducto, era como si de pronto formarás parte de una ciudad inmensa y reluciente, llena de energía, de vida y de promesas.

El único modo de conseguir un portal arterial que condujese de un sitio a otro era meterlo en una nave espacial y transportarlo de un sitio a otro físicamente, por debajo de la velocidad de la luz, anclando el otro extremo, por lo general, al comienzo del trayecto. Lo que significaba que si tu conducto era destruido (y podían ser destruidos: en teoría, en cualquier punto de su extensión; en la práctica, solo en sus extremos, en los portales) volvías de repente a la casilla de salida, volvías a estar atrapado en tu aislado pueblecito.

El sistema Ulubis se había conectado por vez primera al resto de la galaxia hacía más de tres billones de años, durante lo que entonces se conocía como la Nueva Era. Era un sistema relativamente joven, de reciente formación, pues solo tenía unos cuantos billones de años, pero ya albergaba una vida muy diversa. Su conexión arterial había formado parte del Segundo Complejo, el segundo intento

serio por parte de la comunidad galáctica de formar una red integrada de conductos. Había perdido esa conexión durante el revuelo de un billón de años de duración del Largo Colapso, la guerra de las Tempestades, la Dispersión de la Anarquía y la crisis de los Informorta, y después, al igual que la mayor parte de la galaxia civilizada, se había sumido en un sopor semejante a un coma bajo el peso del Segundo Caos, también conocido como el Caos Primordial, una época en la que solo había sobrevivido la población de moradores de Nasqueron. Los moradores, que se contaban en el metatipo de especies conocido como los lentos, operaban en una escala de tiempo distinta, y no le concedían mucha importancia al hecho de tardar varios cientos de miles de años en desplazarse del punto A al punto B; un billón de años inconsecuentes no era más que un largo sabático para ellos, según declaraban.

Seguidamente a la Tercera Era de la Diáspora (y muchas otras cosas, además: la historia galáctica no era lo que se dice simple en ninguna escala), otro conducto volvió a conectar a Ulubis, que pasó a formar parte del Tercer Complejo. Esa arteria duró setenta millones de años pacíficos y productivos, en el transcurso de los cuales aparecieron y desaparecieron diversas especies rápidas, ninguna de las cuales era nativa de Ulubis, de modo que solo los moradores podían ofrecer un testimonio consistente sobre el lento transcurso de la vida y los acontecimientos. El Colapso Arterial había vuelto a sumir a Ulubis en la soledad, al igual que al noventa y cinco por ciento de la galaxia conectada. Otros portales y conductos desaparecieron durante la guerra de los Nuevos Rápidos y la guerra de las Máquinas, y tan solo el establecimiento de los mercatoria, al menos según la estimación de quienes lo controlaban, trajo consigo una paz duradera y el principio del Cuarto Complejo.

Ulubis había vuelto a conectarse en los albores de aquel proceso lento e incipiente, y durante seis mil años esta última arteria convirtió al sistema en un lugar de fácil acceso en la comunidad galáctica, que se recuperaba poco a poco. Sin embargo, este conducto también había sido destruido, y durante más de un cuarto de milenio el punto de acceso operativo más próximo a Ulubis había estado a nada menos que doscientos catorce años de distancia en la creciente densidad de la corriente en Zenerre. Esto habría de cambiar en diecisiete años más o menos, cuando la desembocadura del portal que en la actualidad se transportaba al sistema Ulubis a velocidades relativistas, a bordo de la ingeniera *Est-taun Zhiffir*, arribara y se emplazara, probablemente en el mismo lugar donde había estado el antiguo portal, en uno de los puntos Lagrange cercanos a Sepekte, el planeta principal del sistema Ulubis. Por el momento, no obstante, Ulubis, a pesar de su importancia como centro de estudios de los moradores, seguía siendo un lugar remoto, cronológica y físicamente.

Tío Slovius despidió al sirviente con una aleta y se incorporó apoyándose en la horquilla en forma de «Y» que sostenía su cabeza y sus hombros por encima de la brillante superficie azul del estanque. El sirviente (Fassin lo reconoció ahora como Guime, el segundo servidor de mayor rango de su tío) se volvió e intentó

ayudar a Slovius en aquella maniobra. Sin embargo, Slovius siseó, chasqueó la lengua y le abofeteó con una aleta. Guime esquivó con facilidad el golpe lento y débil y volvió a retroceder, haciendo una reverencia. Se quedó en las proximidades, junto a la pared. Slovius se esforzó para sacar de la piscina la parte superior de su cuerpo, agitando perezosamente el torso, rematado en una cola, bajo las ondas luminiscentes.

Fassin, sentado con las piernas cruzadas, empezó a levantarse.

—Tío, ¿queréis que...?

—¡No! —gritó su tío, exasperado, mientras intentaba en vano impulsarse hacia arriba por la horquilla—. ¡Me gustaría que la gente dejara de fastidiar, eso es todo! —Slovius volvió la cabeza al decir esto, intentando mirar a Guime, pero solo consiguió resbalar de nuevo hacia el líquido, de modo que se encontró en una posición todavía más horizontal que al principio. Chapoteó en la superficie del estanque—. ¡Mira! ¿Ves lo que has hecho? ¡Idiota entrometido! —Exhaló un profundo suspiro y se recostó en las ondas fluctuantes, en apariencia exhausto, con la mirada perdida—. Puedes ajustarme, Guime, como desees —dijo con voz queda, en tono resignado.

Guime se arrodilló sobre los azulejos, detrás de él, metió las manos bajo las axilas de Slovius y puso a su amo sobre la horquilla, hasta que la cabeza y los hombros de este estuvieron casi en posición vertical. Slovius se aposentó allí, y asintió enérgicamente. Guime volvió a retirarse a su puesto junto a la pared.

—Así pues, sobrino —dijo Slovius, cruzando las aletas sobre la extensión de su pecho sin pelo. Levantó la vista hacia la cúpula transparente de la cúpula.

Fassin sonrió.

—¿Sí, tío?

Slovius pareció vacilar. Miró a su sobrino.

—Tus... tus estudios, Fassin. ¿Cómo están progresando?

—Satisfactoriamente, señor. En la cuestión del *Tranche Xonju* todavía es muy pronto, por supuesto.

—*Humm*. Pronto —repitió tío Slovius. Parecía pensativo, con la mirada perdida en la distancia otra vez. Fassin suspiró suavemente. Estaba claro que aquello iba a llevar algún tiempo.

Fassin Taak era un observador lento en la corte de los moradores de Nasqueron. Los moradores (moradores de gigante gaseoso, para concederles una denominación más completa... moradores de gigante gaseoso omnipresentes neutrales optimistas de primer orden de taxonomía climática, para otorgarles una especificidad todavía más dolorosamente completa) eran criaturas de gran tamaño y extraordinaria edad, que habitaban una civilización muy antigua, de complejidad delirante y vasta topología, distribuida por las capas de nubes que envolvían el enorme gigante gaseoso, cuya escala era tan formidable como mudable su aerografía.

Los moradores, al menos en su forma madura, pensaban despacio. Vivían despacio, evolucionaban despacio, viajaban despacio, y casi todo lo que hacían, lo

hacían despacio. Se creía que podían combatir muy deprisa, pero, según se podía determinar, no habían tenido que hacerlo desde mucho tiempo atrás. Esto implicaba que podían pensar deprisa cuando les placía, pero al parecer no les placía casi nunca, de modo que se entendía que pensaban despacio. Era indiscutible que en sus últimos años (eones) conversaban despacio, tanto que una simple pregunta que se hiciera antes del desayuno tal vez no obtuviera respuesta hasta después de la cena. Fassin pensó que tío Slovius, mientras flotaba en su estanque, que estaba otra vez en calma, con una expresión fascinada en su rostro hinchado y colmilludo, parecía decidido a emular ese ritmo de conversación.

—El *Tranche Xonju* se refiere a... —dijo Slovius de repente.

—Poesía esotérica, mitos de la Diáspora y diversos embrollos históricos —respondió Fassin.

—¿Historias de qué épocas?

—La mayoría todavía no se han fechado, tío. Algunas a lo mejor no pueden fecharse nunca, y posiblemente forman parte de los mitos. Los únicos relatos fácilmente identificables son muy recientes y según parece están relacionados sobre todo con acontecimientos locales que se produjeron durante la guerra de las Máquinas.

Tío Slovius asintió lentamente, produciendo pequeñas ondas.

—La guerra de las Máquinas. Interesante.

—Pensaba ocuparme de esos relatos primero.

—Sí, buena idea —dijo Slovius.

—Gracias, tío.

Slovius volvió a callarse. Un temblor de tierra retumbó lejanamente a su alrededor, produciendo diminutos anillos concéntricos en el líquido del estanque.

La civilización que abarcaba a los moradores de Nasqeron, así como a toda la flora y fauna concomitante, no constituía sino un fragmento microscópico de la Diáspora de los Moradores, la metacivilización (algunos dirían postcivilización) extendida por toda la galaxia que, por cuanto se sabía, había precedido a todos los imperios, culturas, diásporas, civilizaciones, federaciones, consorcios, comunidades, unidades, ligas, confederaciones, afiliaciones y entidades de esta u otra naturaleza en general.

En otras palabras, los moradores habían estado presentes durante la mayor parte de la vida de la galaxia. Esto les hacía cuanto menos inusuales, y posiblemente únicos. También les convertía, si uno se acercaba a ellos con la debida deferencia y cuidado, y les trataba con respeto y paciencia, en un recurso precioso. Porque tenían buena memoria y bibliotecas aún mejores. O por lo menos tenían memoria retentiva y bibliotecas muy grandes.

La memoria de los moradores, así como sus bibliotecas, casi siempre resultaba estar llena de absurdos absolutos, mitos extraños, imágenes incomprensibles, símbolos indescifrables y ecuaciones sin sentido, además de caprichosas colecciones de números, cartas, pictogramas, holófonos, sononemas, quimiglifos, actinomas y *sensata variegata*, todo ello revuelto y mezclado sin orden ni concierto, o bien siguiendo pautas tan abstrusas que era imposible desentrañarlas,

procedentes de una confusa miscelánea de millones de millones de civilizaciones completamente distintas y sin relación de categoría, la gran mayoría de las cuales habían desaparecido tiempo atrás y se habían convertido en polvo o radiación.

No obstante, en todo ese flujo de caos, propaganda, distorsión, necedad y extrañeza, había pepitas de realidades, filones de hechos, ríos helados de historia largamente olvidada, volúmenes enteros de exobiografías, y madejas y tejidos de verdades. Había sido el trabajo de toda una vida para personas como el observador jefe Slovius, y era el trabajo de toda una vida para personas como el observador jefe en ciernes Fassin Taak, reunirse con los moradores y parlamentar con ellos, adaptarse a su lenguaje, sus pensamientos y su metabolismo, para flotar, volar, lanzarse en picado y remontar el vuelo con ellos entre las nubes de Nasqueron (a veces virtualmente, de lejos, a veces literalmente), y por medio de sus conversaciones, de sus estudios, de sus notas y sus análisis, comprender cuanto pudieran de lo que dijeran sus antiguos y sosegados anfitriones, de todo a cuanto les permitieran acceder, y así enriquecer e ilustrar a la mayor y más rápida metacivilización que en la actualidad habitaba la galaxia.

—¿Y, ah, Jaal? —Slovius miró a su sobrino, que se sorprendió tanto que el varón mayor añadió—: La, oh, ¿cómo se llama...? Tonderon. Sí. La muchacha de los Tonderon. Todavía estáis prometidos, ¿verdad?

Fassin sonrió.

—En efecto, lo estamos, tío —dijo—. Vuelve de Pirrintipiti esta tarde. Espero reunirme con ella en el puerto.

—¿Y todavía estás... —Slovius hizo un ademán con una aleta— satisfecho?

—¿Satisfecho, tío? —preguntó Fassin.

—¿Eres feliz con ella? ¿Con la perspectiva de que sea tu esposa?

—Por supuesto, tío.

—¿Y ella contigo?

—Bueno, eso espero. Eso creo.

Slovius miró a su sobrino, sosteniendo su mirada durante un momento.

—*Mm-hummm*. Entiendo. Por supuesto. Bueno. —Slovius empleó una de sus aletas para echarse un poco de brillante líquido azul sobre la parte superior del pecho, como si tuviera frío—. ¿Cuándo os casáis?

—La fecha está fijada para Todos los Santos, Jocosos III —dijo Fassin—. Dentro de algo menos de medio año, en tiempo corporal.

—Entiendo —dijo Slovius, frunciendo el ceño. Asintió despacio, y eso le hizo subir y bajar un poco en el estanque, produciendo más ondas—. Bueno, me alegro de que hayas decidido sentar la cabeza por fin.

Fassin se consideraba un observador dedicado, trabajador y productivo, que pasaba al pie del cañón mucho más tiempo que la mayoría, en la práctica, con los moradores de Nasqueron. Sin embargo, debido a que le gustaba coronar cada interludio de su vida real y provechosa con lo que él llamaba «unas buenas vacaciones», la generación anterior de la septa Bantrabal, y en especial Slovius, pensaba que era un vago redomado. De hecho, tío Slovius parecía reacio siquiera

a aceptar el término «buenas vacaciones». Prefería llamarlas «juergas de pasarse un mes entero borracho y narcotizado metiéndose en líos, peleas y orificios ilegales en los mercados de carne de...», bueno, de donde fuera; a veces Pirrintipiti, la capital de Íglantina, a veces Borquille, capital de Sepekto, u otra ciudad de Sepekto, a veces uno de los numerosos hábitats de placer diseminados por el sistema.

Fassin sonrió con tolerancia.

—Pero todavía no voy a colgar mis zapatos de baile, tío.

—La naturaleza de tus estudios en los últimos, digamos, tres o cuatro arcanos, Fassin. ¿Han seguido lo que podríamos llamar un curso consistente?

—Me confundís, tío —admitió Fassin.

—Tus últimos tres o cuatro arcanos, ¿han estado conectados de algún modo, por contenidos, por temas, o por los moradores con quienes has conversado?

Fassin hizo una pausa, sorprendido. ¿Por qué habría de interesarle eso a Slovius?

—Dejadme pensar, señor —dijo—. En esta ocasión hablé casi en exclusiva con Xonju, que me facilitó información a todas luces al azar, y según parece no acaba de comprender el concepto de respuesta. Fue nuestra primera reunión, todo muy preliminar. A lo mejor merece la pena hacerle un seguimiento, si podemos volver a encontrarle. O a lo mejor no. Puede que tarde todos los meses hasta mi próximo arcano en averiguarlo...

—¿De modo que esta era una expedición de muestra, una presentación?

—En efecto.

—¿Y antes de este?

—Una conferencia prolongada con Cheuoras, Saraisme el joven, los gemelos Akeurle, el traav Kanchangesja y un par de jóvenes de la vaina adolescente Eglide.

—¿Los temas?

—Poesía, sobre todo. Antigua, moderna, el uso de la imagen en la épica, la ética del alarde y la exageración.

—¿Y el arcano anterior?

—Solo con Cheuoras; un lamento extendido por la muerte de su progenitor, algunos mitos de caza del pasado local reciente y una extensa traducción y disposición de una secuencia épica sobre los antiguos plasmáticos que viajaron en la migración de hidrógeno, hace un billón de años más o menos, durante el Segundo Caos.

—¿Y antes de ese?

—¿Antes de ese?

Fassin sonrió.

—Mi uno a uno prolongado con Valseir, el arcano que incluyó mi estancia con los Pillos Chillones de la tribu dimajrian. —Supuso que no era necesario recordarle a su tío los detalles de aquella excursión en particular. Ese era el arcano prolongado que le había hecho famoso como observador con talento, el viaje de seis años (en tiempo corporal; había durado casi un siglo según cálculos externos)

que había establecido su reputación, no solo en la septa Bantrabal, sino en la jerarquía de observadores de 'glantina. Sus hazañas, así como el valor de los relatos y las historias que había traído consigo, habían sido en buena medida la causa de su ascenso al puesto de observador jefe en ciernes de su septa, y de la oferta de matrimonio con la hija del observador jefe de la septa Tonderon, la más antigua de las doce septas.

—¿Cuántos años hace de eso, en tiempo real?

Fassin pensó.

—Unos trescientos... Doscientos ochenta y siete, si no recuerdo mal.

Slovius asintió.

—¿Salió a la luz gran parte de ese arcano durante su curso?

—Casi nada, señor. Los Pillos Chillones insistieron. Son una de las vainas adolescentes menos... rectificadas. Me permitían dar señales de vida una vez al año.

—¿Y el arcano antes de ese?

Fassin suspiró y tamborileó en el cristal fundido del lateral del estanque. ¿De qué diablos se trataba? ¿Es que Slovius no podía consultar esa información en los archivos de la septa? Había un voluminoso reposabrazos levadizo en la pared de la cámara del estanque, con una pantalla en el extremo. Fassin había visto que bajaban el mecanismo y lo ponían frente a Slovius para que este lo escudriñara y golpeara las teclas con los muñones de sus dedos. Sin duda no era un método muy rápido, ni muy eficiente, de consultar la biblioteca doméstica, pero respondería a todas esas preguntas. O el viejo podía preguntar, sencillamente. Había sirvientes para ese tipo de cosas.

Fassin se aclaró la garganta.

—Casi todo el tiempo me ocupé de la instrucción de Paggs Yurnvic, de la septa Reheo, que realizaba su primer arcano. Hicimos la corte al traav Hambrier, en tiempo uno a uno con los moradores, para tener en cuenta la inexperiencia de Yurnvic. Fue una introducción a los libros de texto, señor.

—¿No encontraste tiempo para emprender estudios propios?

—Poco, señor.

—¿Pero algo, sí?

—Pude asistir a parte de un simposio sobre poesía trascendental, con la vaina universitaria Marcal. Para enumerar a los restantes asistentes tendría que consultar los archivos de la septa, señor.

—¿Qué más? Me refiero al simposio. ¿Cuál era el tema?

—Si no recuerdo mal, fue una comparación de las técnicas de caza de los moradores con las acciones de los inquisidores durante la guerra de las Máquinas—Fassin se acarició la barbilla—. Los ejemplos eran locales del sistema Ulubis, algunos referidos a 'glantina.

Slovius asintió. Miró a su sobrino.

—¿Sabes lo que es una proyección diplomática, Fassin?

Fassin levantó la vista hacia el segmento de gigante gaseoso visible a través del panel transparente del techo. El exterminador nocturno empezaba a aparecer en

un lado, una línea de oscuridad creciente que se arrastraba sigilosamente por el lejano paisaje nublado. Volvió a mirar a Slovius.

—Me parece que he oído el término, señor. No me atrevería a proponer una definición.

—Es cuando envían una lista filtrada de preguntas y respuestas a un emplazamiento físicamente lejano, por medio de un rayo lumínico. Para desempeñar el papel de un emisario.

—¿Quiénes, señor?

—Los ingenieros, los administradores. Tal vez la omnocracia.

Fassin hizo una pausa.

—¿De veras?

—De veras. Si hay que creer lo que se dice, el objeto que envían es como una biblioteca, transmitida por una señal láser. Albergado y emplazado en un equipo adecuado, dotado de suficiente capacidad y complejidad, este... ente, aunque no sea más que un entramado de afirmaciones, preguntas y respuestas, con una serie de reglas que disponen el orden en que se expresan, puede mantener algo muy semejante a una conversación inteligente. Es lo más parecido a una inteligencia artificial que está permitido en la posguerra.

—Qué curioso.

Slovius se bamboleó en su estanque.

—Son sin duda excepcionales —convino—. Están enviando una aquí.

Fassin parpadeó varias veces.

—¿Aquí?

—A la septa Bantrabal. A esta casa. A nosotros.

—A nosotros.

—Los administradores.

—Los administradores. —Fassin se percató de que parecía estúpido.

—Por medio de la nave ingeniera *Est-taun Zhiffir*.

—Vaya —dijo Fassin—. Somos... unos privilegiados.

—Nosotros no, Fassin; tú. Envían la proyección para que hable contigo.

Fassin sonrió débilmente.

—¿Conmigo? Entiendo. ¿Cuándo...?

—Ya la están transmitiendo. Debería estar lista esta noche. Tal vez prefieras cancelar tus compromisos. ¿Tenías muchos planes?

—Ah... una cena con Jaal. Estoy seguro...

—Pues que sea una cena temprana, y no te demores.

—Bueno, sí. Por supuesto —dijo Fassin—. ¿Tenéis alguna idea, señor, de lo que puedo haber hecho para merecer este honor?

Slovius guardó silencio durante un momento, y luego dijo:

—Ninguna en absoluto.

Guime volvió a poner un intercomunicador en la horquilla y abandonó su puesto junto a la pared de ágata para arrodillarse y susurrarle a Slovius, que asintió, y miró a Fassin.

—El mayordomo Verpych quiere hablar contigo, sobrino.

—¿Verpych? —repitió Fassin, tragando saliva. Se suponía que el mayordomo doméstico, el sirviente más antiguo de la septa Bantrabal, permanecería en estado latente hasta que toda la septa se trasladase a los alojamientos de invierno, dentro de más de ochenta días. Era inaudito que le despertaran antes de tiempo— ¡Creía que estaba dormido!

—Pues le han despertado.

La nave estaba muerta desde hacía milenios. Al parecer nadie sabía a ciencia cierta cuántos, pero las estimaciones más plausibles presumían que seis o siete. No era más que otro navío hundido, perteneciente a una de las grandes flotas que habían librado la guerra de los Nuevos Rápidos (o tal vez la ligeramente posterior guerra de las Máquinas, o puede que las subsiguientes guerras de Dispersión, o quizá una de las breves, amargas y confusas escaramuzas implícitas en el Esparcimiento), otra pieza olvidada y desechada en el gran juego de la lucha por el poder galáctico, la competición de las civilizaciones, las maniobras panespaciales y la metapolítica a gran escala en general.

El casco había permanecido inadvertido en la superficie de 'glantina durante al menos mil años, ya que, aunque 'glantina era un planeta menor según el estándar de los humanos (un poco más pequeño que Marte), estaba, por la misma razón, escasamente poblado, con menos de un billón de habitantes, la mayoría de los cuales se concentraba en los trópicos, y la zona donde se había producido el siniestro (el páramo septentrional), era una amplia extensión insulsa que rara vez se visitaba. El hecho de que los sistemas de vigilancia locales hubieran tardado mucho tiempo en recuperar algo parecido al nivel de complejidad y sofisticación del que habían hecho gala antes del comienzo de las hostilidades también contribuyó a que no se detectaran las ruinas. Por último, pese al enorme tamaño del navío, una parte de sus sistemas automáticos de camuflaje había sobrevivido a la destrucción parcial de la embarcación, la muerte de todos los mortales que la tripulaban y su impacto en la superficie de la luna planeta, y la habían mantenido oculta durante todo ese tiempo: en apariencia, solo era otra ondulación de eyecciones áridas y rocosas procedentes del cráter producido por el impacto de un derrelicto más pequeño y mucho más veloz, que se había estrellado y vaporizado en un profundo cráter, a diez kilómetros de distancia, al principio de la disputa de los Nuevos Rápidos.

Las ruinas de la nave solo se habían descubierto porque el piloto de una voladera se había estrellado fatalmente contra la gran cuaderna arqueada, que en ese momento estaba perfectamente holocamuflada como una franja de cielo despejado y tentador. Fue entonces cuando se investigaron y saquearon los restos, en busca de los pocos sistemas que aún funcionaran no proscritos por el nuevo régimen. Lo que no dejaba mucho, básicamente. Y por último, como levantar el casco y sus principales subestructuras era prohibitivo, desguazarlo y llevárselo era difícil, además de caro, y posiblemente peligroso, y su completa destrucción

solo podía llevarse a cabo con la clase de armamento de muchos gigatones al que la gente solía oponerse cuando se empleaba en tiempo de paz en la atmósfera de una pequeña luna planeta, siquiera en un área despoblada, se había acordonado y se habían apostado remotos que pululaban por el aire en guardia indefinida, por si acaso.

—No, esto podría ser bueno, podría ser positivo —aseguró Saluus Kehar, e hizo descender la pequeña voladera por el elevado desierto hacia las tierras accidentadas donde la cuaderna de aspecto destrozado de la gran nave derribada yacía como un pliegue de sombra recortado contra la creciente oscuridad del cielo púrpura. Más allá de las ruinas, surgió un telón inmenso y reluciente, de color verde azulado, que se meció y se estremeció silenciosamente en el cielo, y volvió a desvanecerse.

—No me jodas —dijo Taince, manipulando los controles de la unidad de comunicación. La electricidad estática chirriaba y crepitaba por los altavoces.

—¿No estamos muy cerca del suelo? —preguntó Ilen, con la frente apoyada en la cubierta exterior, mirando hacia abajo. Echó un vistazo al joven con quien compartía el asiento trasero de la pequeña aeronave—. En serio, Fass, ¿no es así?

Pero Fassin ya estaba diciendo:

—La idea de que su eterno optimismo produzca sentimientos negativos en los demás es un concepto que se le resiste a Sal. Perdona, Len. ¿Qué?

—Decía que...

—Sí —musitó Taince—, enciende ese puñetero avisador de tierra.

—Lo único que digo —dijo Saluus, agitando una mano y bajando la nave aún más, todavía más cerca del contorno borroso y negro del suelo. Taince chasqueó la lengua y alargó la mano para pulsar un botón de la pantalla táctil; se produjo un sonido metálico y la nave se elevó varios metros y empezó a describir una trayectoria más apacible. Sal le dedicó una mirada de odio, pero no desconectó el mecanismo de detección de superficie, sino que continuó:

—Es que todavía estamos bien, todavía no nos han derribado, y ahora tenemos la oportunidad de explorar algo a lo que normalmente no nos dejarían ni acercarnos. El sitio adecuado, el momento adecuado, la oportunidad perfecta. ¿Por qué no vamos a ser positivos?

—¿Quieres decir —dijo Fassin con voz cansina, mirando al cielo— aparte del hecho desafortunado de que parece que algunos forasteros demasiado entusiastas y sin duda profundamente incomprendidos intentan convertirnos en polvo radioactivo?

Al parecer, nadie le escuchaba. Fassin fingió sofocar un bostezo (tampoco se dieron cuenta de eso) y se reclinó en el asiento de cuero, estirando el brazo izquierdo sobre el asiento hacia Ilen Deste, que mantenía la frente apoyada en la cubierta exterior, mirando como hipnotizada las arenas casi lisas que sobrevolaban a toda velocidad. Intentó parecer al menos desinteresado y preferiblemente aburrido. En realidad, por supuesto, estaba completamente aterrorizado, y se sentía bastante indefenso.

Sal y Taince formaban la pareja dinámica del grupo: Saluus era el piloto, gallardo, apuesto y testarudo, pero dotado de un talento indudable (y según creía Fassin, afortunado), el heredero de un vasto imperio comercial, el hijo sinvergüenza de un padre aventurero y fabulosamente rico. El Buitre, le había bautizado Fassin en su primer año de universidad, un término que los amigos comunes de ambos solo habían empleado a espaldas del joven hasta que llegó a sus oídos y este lo adoptó con entusiasmo como mote aprobado personalmente. Y Taince era la copiloto, navegadora y jefa de comunicaciones, la siempre astuta y desabrida comentarista del grupo (Fassin se consideraba el comentarista astuto y sarcástico). La oficial en prácticas Taince Yarabokin, como se hacía llamar ahora. Taince, *la Recluta* (otro apodo acuñado por Fassin) había destacado en las clases universitarias, pero ya estaba a medio camino de convertirse en oficial del Ejército de la Navarquía por medio de créditos reservistas que había acumulado en sus horas libres, durante los fines de semana y las vacaciones, antes incluso de obtener un título medio e ingresar en la Academia Militar en su último año; se había saltado el prerreclutamiento, había pasado del primer año al segundo a mitad de semestre, y se rumoreaba que, a pesar de encontrarse en una etapa tan prematura que casi no tenía precedentes, era una de los aspirantes a unirse más adelante a la Flota Reunida, la ultrapotencia galáctica global directamente controlada por los culmina. En otras palabras, estaba tan destinada a la eminencia marcial como Sal a la prodigiosidad comercial.

Asimismo, ambos habían salido del sistema, y viajado hasta el portal del sistema Ulubis, en el punto estelar Lagrange de Sepekte, para hacer la transición a Zenerre y el Complejo, la red de conductos que enhebraban la galaxia como un hilván de encaje negro bajo la exigua luz de los soles dispersos. El padre de Saluus le había llevado en una grandiosa gira durante sus largas vacaciones del año anterior: habían rodeado la galaxia central, visitado todos los lugares importantes accesibles, conocido a algunas de las especies alienígenas más estrafalarias, y traído consigo suvenires. Taince había estado en menos sitios, pero en algunos casos más lejanos, cortesía de la Navarquía, sus ejercicios y su distribución de centros de entrenamiento especializados. Eran los únicos de su curso que habían viajado tanto, lo que les situaba en una pequeña burbuja de exotismo.

Fassin había pensado a menudo que si su joven vida terminaba trágicamente antes de que hubiese decidido siquiera lo que quería hacer con ella (¿unirse a la empresa familiar y convertirse en observador?... ¿O no?), seguramente sería a causa de ambos, probablemente cuando intentaran superarse en osadía, *élan*, o exhibiciones absolutamente escandalosas frente a sus pacientes amigos. A veces había conseguido persuadirse de que tampoco le importaba demasiado morir, pues ya había visto bastante de la vida, el amor, la estupidez y las tonterías de la gente y la realidad, y que casi prefería sufrir una muerte repentina, prematura y salvajemente bella, con su cuerpo y su mente intactos y frescos y, como insistían en decirle sus mayores, con toda la vida por delante.

Aunque sería una pena que Ilen, dolorosamente bella, con su palidez lánguida, su atrevido cabello rubio y sus logros académicos, obtenidos sin esfuerzo, la

extrañamente insegura y frágil Ilen, también tuviese que perecer en el siniestro, pensaba Fassin. Sobre todo antes de que ambos hubiesen cumplido su destino (como él insistía en decirle, y hasta creía sinceramente, en su frustración) y establecieran una suerte de relación física seria pero intensa. Por el momento, sin embargo, la muchacha inclinaba la cabeza, estirando el cuello por el flanco de la voladera, con la nariz pegada a la cubierta exterior, y parecía que pensaba en vomitar.

Fassin apartó la vista y procuró dejar de pensar en la muerte inminente y el sexo, que probablemente no era inminente en absoluto, y contempló la extensión estrellada que emergía por el falso horizonte de la masa sombría y prominente de Nasqueron, y la creciente oscuridad del cielo que se revelaba más allá. Otro estallido de actividad de la aureola arrojó resplandecientes franjas de luz por el firmamento, que extinguieron brevemente las estrellas.

Ilen miraba en dirección opuesta.

—¿Qué es ese humo? —exclamó, señalando más allá del morro medio hundido de la nave caída, hacia una columna de humo de color gris oscuro, alta y deshilachada, que se apartaba de la brisa.

Taince levantó la vista y musitó algo, luego se afanó con los controles de la unidad de comunicaciones. El resto miró. Sal asintió.

—Probablemente, el remoto de guardia que destruyeron antes —dijo, aunque parecía inseguro.

Los altavoces chisporrotearon y una pausada voz femenina dijo:

—...ladera dos-dos-nueve... sición?... han... siete-cinco-tres... ...ur de la Zona Prohibida Och... ...pita donde se encuentra ahora o ser... ...onto saldrá de las coordenadas... ...nfirme su...

Taince Yarabokin se inclinó hacia la unidad de comunicaciones.

—Aquí voladera dos-dos-nueve, no disponemos de un lugar seguro para aterrizar a cubierto como aconsejan, de modo que avanzamos a máxima velocidad y mínima altura hacia...

Saluus Kehar alargó una mano dorada y cobriza, y apagó la unidad de comunicaciones.

—¡Que te jodan! —dijo Taince, y le apartó la mano de una bofetada, cuando él se disponía a ponerla en el mando de control de la voladera.

—Taince, de verdad —dijo Sal, meneando la cabeza, pero sin apartar la mirada de las ruinas de la nave, que se acercaban con rapidez—, no hace falta que se lo digas.

—Imbécil —murmuró Taince. Volvió a encender las comunicaciones.

—Sí, me remito al comentario anterior —observó Fassin, meneando la cabeza.

—¿Quieres dejarlo ya? —dijo Sal, intentando en vano apagar de nuevo la unidad de comunicaciones, mientras Taince buscaba un canal operativo y seguía apartándole la mano. Fassin estuvo a punto de decir algo en el sentido de que Taince era más hábil en esa forma de comportamiento de lo que había pensado. Luego se lo pensó mejor—. Mira —dijo Sal—, te lo ordeno, Taince; apaga ese puñetero trasto. ¿De quién es esta voladera, en todo caso?

—¿De tu padre? —sugirió Fassin. Sal le dedicó una mirada de reproche. Fassin hizo un ademán con la cabeza hacia delante, en dirección a los restos de la nave, que aumentaban de tamaño con presteza—. Mira hacia delante.

Sal se volvió. *Te lo ordeno*, pensó Fassin, con una mueca desdeñosa. Saluus, de verdad. ¿Habría empleado esa expresión porque pensaba que, estando Taince en el ejército, obedecería las órdenes de cualquiera, aunque fuera un civil, o porque pensaba que ya podía dejar caer su peso dinástico? Le sorprendía que Taince no se hubiera reído en la cara de Sal.

En fin, ya no eran inocentes, se recordó Fassin, y cuanto más aprendían acerca del mundo, de la galaxia y de la era en la que crecían, más se percataban de que todo era cuestión de jerarquía, graduación, antigüedad y escalafón, desde muy, pero que muy, por debajo de donde se encontraban ellos hasta cotas alienígenas gloriosamente invisibles. No eran más que ratones de laboratorio que crecían juntos, riñendo en la jaula, aprendiendo cuál era su lugar en la camada, poniendo a prueba sus habilidades y debilidades, así como las de los demás, practicando sus movimientos y estrategias para el futuro, descubriendo cuánto margen tendrían o se les concedería cuando fueran adultos, y trazando el espacio de sus sueños.

Taince bufó.

—Probablemente ni siquiera es el coche de su padre, probablemente ni siquiera es una voladera de empresa, es más factible que sea una complicada transacción de venta y subarrendamiento, propiedad de una empresa fachada semiautomática evasora de impuestos de un planeta lejano —gruñó y golpeó la unidad de comunicaciones muda.

Sal meneó la cabeza.

—Qué cínicos son los jóvenes —se lamentó, y bajó la vista hacia el mando de control en forma de mariposa—. Eh, esto está vibrando. ¿Qué...?

Taince asintió en dirección a las ruinas de la nave, que ahora se cernían sobre ellos.

—Aviso de proximidad, genio. Será mejor que aminores, o van a tener que rascarnos de ahí.

—¿Cómo puedes hablar de exfoliación en un momento así? —sonrió Sal. Taince le dio un puñetazo en el muslo—. ¡Ay! Eso es agresión —dijo, afectando indignación—. Te puedo denunciar. —Ella le dio otro puñetazo. Él se rió, moderó la marcha y frenó en el aire, arrojándolos a todos hacia delante contra las sujeciones, hasta que la pequeña voladera redujo la velocidad a diez metros por segundo.

Se adentraron en la sombra de la gigantesca nave.

—Fassin Taak —dijo el mayordomo Verpych—, ¿en qué lío nos has metido ahora? —Se apresuraban por un pasadizo ancho y sin ventanas situado bajo el centro de la casa. Antes de que Fassin pudiera responder, Verpych indicó con la cabeza un pasillo lateral y se dirigió hacia él—. Por aquí.

Fassin apretó el paso para mantenerse a su altura.

—Soy tan ignorante como vos, mayordomo.

—Es evidente que tu talento para la subestimación no te ha abandonado.

Fassin encajó aquello y se lo pensó mejor antes de replicar. Asumió lo que esperaba que pareciese una sonrisa tolerante, pero, cuando echó un vistazo a Verpych, el mayordomo no le estaba mirando. Verpych era un hombrecillo delgado, pero de aspecto poderoso, y piel pálida y cremosa, cubierta de barba incipiente, de modo que su cabeza tenía el aspecto de estar tallada en arenisca. Tenía la mandíbula cuadrada, siempre apretada, un ceño sempiterno y la cabeza afeitada, salvo una larga cola de caballo que le llegaba a la cintura. Aferraba el largo báculo de obsidiana que era el distintivo principal de su oficio como si fuera una oscura serpiente que intentase estrangular con una sola mano. Su uniforme era negro como el hollín, como la noche cerrada.

Como observador jefe en ciernes, se suponía que Fassin ocupaba una posición de completa autoridad respecto a Verpych. Sin embargo, de algún modo el más antiguo sirviente de la septa todavía le hacía sentirse como un niño que se hubiese librado por los pelos de ser descubierto haciendo algo extremadamente impropio. Fassin preveía que cuando al fin ocupase el puesto de observador jefe el cambio sería incómodo para ambos.

Verpych giró sobre sus talones y se dirigió a un gran mural abstracto colgado en una pared. Agitó el báculo en dirección al cuadro, como si indicase un detalle de la pincelada, y este desapareció por completo en una ranura del suelo. Verpych se adentró en un corredor débilmente iluminado que se extendía al otro lado. No se molestó en volver la vista atrás cuando Fassin le siguió, sino que se limitó a decir:

—Un atajo.

Fassin echó un vistazo a su espalda cuando el cuadro se alzó de la ranura del suelo, bloqueando la mayor parte de la luz del pasillo, que parecía desnudo e incompleto después del pasadizo que acababan de abandonar. No recordaba cuándo había estado en un pasillo de servicio por última vez; probablemente de niño, explorando con sus amigos.

Se detuvieron en un ascensor con la puerta abierta, en el que sonaba un timbre. Un niño sirviente se encontraba en la cabina del elevador, sosteniendo una bandeja llena de vasos sucios con una mano y empleando la otra para pulsar los controles de la cabina, con una expresión confusa y frustrada en el rostro.

—Sal de ahí, idiota —ordenó Verpych al chico cuando entró en el ascensor—, lo están reteniendo para mí.

El sirviente abrió los ojos como platos. Balbuceó y casi se le cayó la bandeja cuando se apresuró a abandonar el elevador. Verpych apretó un botón de los controles del ascensor con el extremo del báculo, las puertas se cerraron y el ascensor, que no era más que una caja de metal con el suelo rayado, descendió.

—¿Os habéis recuperado de vuestro imprevisto despertar, mayordomo? —preguntó Fassin.

—Complemente —respondió Verpych secamente—. Y bien, observador Taak. Suponiendo que mi ridícula compañía de técnicos no se haya electrocutado ni se hayan quedado todos ciegos por mirar fijamente a los cables de la luz para asegurarse de que funcionan, deberíamos estar listos para que converse con lo que nos están transmitiendo, sea lo que sea, alrededor de una hora antes de la medianoche. ¿Te viene bien a las diecinueve en punto?

Fassin reflexionó.

—La verdad es que a lo mejor la señora Jaal Tonderon y yo estamos...

—La respuesta que buscas es «Sí», observador Taak —dijo Verpych.

Fassin frunció el ceño al hombre de más edad.

—En ese caso, ¿por qué...?

—Estaba siendo amable.

—¡Ah! Por supuesto. Seguro que no os resulta fácil.

—Todo lo contrario. Es la deferencia lo que a veces se me resiste.

—Seguro que aprecian vuestros esfuerzos.

—Es mi objetivo en la vida, joven amo. —Verpych esbozó una fina sonrisa.

Fassin sostuvo la mirada del mayordomo.

—Verpych, ¿es posible que me haya metido en un lío?

El sirviente apartó la vista.

—No tengo ni idea, señor. —El ascensor empezó a aminorar la velocidad—. Esta proyección diplomática no tiene precedentes en la historia de la septa Bantrabal. He hablado con otros mayordomos, y nadie recuerda una cosa así. Todos pensábamos que estos fenómenos se limitaban al jerarca y sus amigos de la capital del sistema. He enviado un mensaje a un contacto que tengo en el palacio, solicitando cualquier indicación o consejo que pueda darnos. De momento no ha habido respuesta.

Las puertas del ascensor se abrieron, y salieron a otro pasillo, este bastante cálido, excavado en la roca desnuda, y curvilíneo. El mayordomo miró a Fassin con algo parecido a la preocupación, incluso a la empatía.

—Un suceso sin precedentes podría ser de naturaleza benigna, observador Taak.

Fassin esperaba que su aspecto reflejara su escepticismo.

—¿Qué tengo que hacer?

—Preséntate en la cámara de audiencias, en el último piso, a las diecinueve. Preferiblemente un poco antes. —Llegaron a una bifurcación en forma de «Y», y a un pasillo más ancho, donde unos técnicos con uniforme rojo empujaban un palé cargado de equipo de aspecto sofisticado hacia unas puertas dobles que se abrían más adelante.

—Me gustaría que Olmey estuviera allí —dijo Fassin. Tchayan Olmey había sido la mentora y tutora de Fassin en su juventud, y si no se hubiera convertido en académica pura de la biblioteca doméstica, investigando y enseñando, renunciando a emprender arcanos propios, podría haber sido la siguiente observadora jefe de la familia.

—Eso no va a ser posible —sentenció Verpych, haciéndole pasar a través de las puertas dobles a la sala del otro lado, que estaba caliente, llena de más técnicos con uniforme rojo, y tenía forma semicircular, como un pequeño teatro. Había docenas de taquillas abiertas que exhibían maquinaria intrincada, cables que colgaban del techo elevado, serpenteaban por el suelo y desaparecían en los enchufes de las paredes. El sitio olía a aceite, plástico chamuscado y sudor. Verpych se detuvo en la cabecera posterior de la sala, observando la actividad, y meneó la cabeza cuando dos técnicos chocaron, tirando los cables que transportaban.

—¿Por qué no? —preguntó Fassin—. Olmey está aquí. Y también me gustaría que asistiera tío Slovius.

—Eso tampoco va a ser posible —insistió Verpych—. Solo tú puedes hablar con esta cosa.

—¿No tengo elección? —preguntó Fassin.

—Exacto —dijo el mayordomo—. Ninguna. —Dirigió de nuevo su atención a los técnicos apiñados. Uno de los superiores se había acercado a un par de metros, esperando una ocasión para hablar.

—Pero, ¿por qué no? —repitió Fassin, percatándose en cuanto lo hizo de que parecía un niño pequeño.

Verpych meneó la cabeza.

—No lo sé. Por lo que sé no hay ninguna razón técnica. Tal vez lo que hay que discutir es demasiado delicado para otros oídos. —Miró al hombre de uniforme rojo que esperaba en las cercanías—. Maestro técnico Imming —dijo animosamente—, basándome en el principio de que todo cuanto puede salir mal saldrá mal, he estado sopesando las posibilidades de que los autómatas de la casa se hayan oxidado y convertido en una masa informe e inútil, o en polvo fino, o que, de repente, se hayan declarado sensitivos y exijan la destrucción por medio de cabezas explosivas de toda nuestra casa, de nuestra septa y posiblemente de nuestro planeta. ¿Qué va a ser?

—Señor, hemos descubierto varios problemas —respondió lentamente el técnico, desviando la mirada de Fassin a Verpych.

—Cómo espero que las próximas palabras sean «Pero» o «Sin embargo» —dijo Verpych. Miró a Fassin—. Un «Por suerte» sería mucho pedir, claro.

El técnico continuó.

—Gracias a nuestros considerables esfuerzos, señor, creemos que tenemos la situación bajo control. Deberíamos estar listos a la hora señalada.

—¿Tenemos capacidad para absorber todo lo que están transmitiendo?

—Por poco, señor. —El maestro técnico Imming señaló al equipo del palé que estaba maniobrando por las puertas dobles—. Estamos usando energía disponible de los sistemas de servicio.

—¿Hay alguna indicación de la naturaleza del contenido de la señal?

—No, señor. Seguirá codificado hasta que se active.

—¿Podríamos descifrarlo?

—Eso sería casi imposible en tan poco tiempo, mayordomo. E ilegal. Posiblemente peligroso.

—El observador Taak se pregunta con qué se va a enfrentar. ¿No podéis darle pistas?

El maestro técnico Imming hizo una pequeña reverencia ante Fassin.

—Me temo que no, señor. Ojalá fuese de otro modo.

Verpych se volvió a Fassin.

—Parece que no podemos ayudarte, observador Taak. Lo lamento mucho.

—¿De quién era, de todas formas? —preguntó Ilen, sin alzar la voz. Levantó la vista hacia las sombras de lo alto—. ¿A quién pertenecía?

Habían penetrado por la gran fisura dentada del flanco izquierdo de la nave, volando entre dos puntales sumamente arqueados. El cielo estaba enmarcado por costillas retorcidas y combadas, y las secciones del casco que estas sostuvieran, se habían convertido en átomos y moléculas disociadas siete milenios antes. Sal había permitido que la voladera se deslizara cuatrocientos metros en las sombras que se extendían bajo la porción intacta del casco delantero, siempre remontando suavemente las cubiertas dobladas y aplastadas y los mamparos derrumbados que formaban el terreno, hasta que solo pudieron ver una finísima franja de cielo violeta salpicado de estrellas en el exterior y se creyeron a salvo de la astronave, presumiblemente forastera, que había estado atacando a todo lo que se movía o se hubiera movido recientemente en la superficie.

Sal aterrizó la pequeña nave. La voladera se posó en un pequeño hueco, en una franja de material ennegrecido y contraído relativamente uniforme, detrás de lo que parecían los restos de un mamparo desmoronado. El camino que conducía al resto de la sección delantera de la nave estaba bloqueado a cincuenta metros de distancia por los restos suspendidos, como congelados, de un material iridiscente retorcido. Saluus había pensado en voz alta en intentar abrirse paso con la voladera a través de los escombros pendientes, pero le habían disuadido.

La recepción del comunicador de la voladera, hasta la interferencia distorsionada que habían experimentado en el exterior, se había desvanecido en cuanto penetraron en los restos. Para algo que se suponía que podía recibir señales a través de diez clics de roca maciza, aquello era algo extraordinario. El aire del interior de la vasta caverna de la nave en ruinas era frío y no tenía olor. Sabiendo que estaban dentro, el hecho de que sus voces no reverberasen en aquel enorme espacio era extrañamente inquietante, y le otorgaba al sonido una cualidad misteriosa y hueca. Las luces interiores y de marcha de la voladera les situaban en un pequeño estanque de luminosidad, que subrayaba su insignificancia en el interior de la antigua nave caída.

—Alguna disputa acerca de a quién le pertenecía, precisamente —dijo Saluus, también en voz baja, y contemplando el techo del navío, suavemente atravesado por costillas, que se arqueaba a un tercio de kilómetro sobre sus cabezas y, sin

embargo, apenas era visible en el crepúsculo—. Lo identificaron como un *sceuri* siniestrado y lo enviaron a los de Tumbas de Guerra para limpiarlo, pero si lo era, entonces debió haber sido requisado o capturado. Y se cree que tenía una tripulación muy diversa, pero, sobre todo, nadadores: hombres submarinos. Puede que originalmente fuera *oerilita*, lo cual es bastante extraño. Tiene el diseño de una nave de moradores, con «m» minúscula. Pero, sin duda, es algún tipo de embarcación de guerra.

Taince bufó. Sal la miró.

—¿Sí?

—Lo que no es, es una nave aguja —dijo.

—¿Acaso he dicho yo que lo fuera? —preguntó Sal.

—Si lo era, era una aguja bastante gruesa —observó Fassin, girando sobre sus talones para seguir con la mirada el arco descendente del interior de la nave siniestrada, en dirección al morro arrugado y semihundido que descansaba en la oscuridad, a más de un kilómetro de distancia.

—No es una nave aguja —protestó Sal—. Yo no le he llamado nave aguja.

—¿Lo ves? —dijo Taince—. Ya has confundido a los demás.

—En fin —dijo Sal, ignorando aquella interrupción—, corre el rumor de que sacaron de aquí un par de cadáveres de *voehn*, y eso la hace más interesante.

—¿*Voehn*? —Taince se echó a reír—. ¿*Fiambres* vertebrales? —su voz rezumaba desprecio. Sonreía, y Fassin sabía que eso no era algo que se viera todos los días. Era una lástima, porque su rostro terso y suavemente cuadrado, bajo el pelo rapado de ordenanza militar, poseía un pícaro atractivo cuando lo hacía. Pensándolo bien, probablemente esa fuera la razón de que no lo hiciese a menudo. A decir verdad, Fassin la encontraba hermosa de todas formas, con su mono de permiso. Los demás llevaban equipo estándar de excursionismo al aire libre, aunque naturalmente el de Sal era de una calidad sutil pero perceptiblemente superior, y sin duda inmensamente más caro. El mono de Tain era un poco holgado en sitios extraños, pero ceñido en los lugares adecuados, para que no hubiera duda de que la recluta no era un muchacho. Además, había adoptado un tono mate sombreado y oscuro en la penumbra reinante. Al parecer, hasta los monos de permiso para reclutas del Ejército de la Navarquía venían con camuflaje activo.

Ella meneaba la cabeza, como si no pudiese creer lo que oía. Hasta Fassin, que se había desprendido del interés obsesivo de los chicos por lo militar y alienígena poco después del comienzo de la pubertad, había oído hablar de los *voehn*. Los medios de comunicación los describían como leyendas vivientes o guerreros casi míticos, pero eso no hacía justicia a lo que eran en realidad: tropas de primera y guardias personales de los nuevos amos galácticos.

Los *voehn* eran naturalmente despiadados, sumamente inteligentes, omnicompetentes, casi indestructibles, capacitados para todos los entornos, los *über*-soldados invictos de los últimos nueve milenios, más o menos. Eran los chicos de calendario marcial de la era, la especie intachable que constituía la cumbre de la perfección militar, pero también eran raros y escasos, y estaban muy

dispersos. Allí donde estuvieran los nuevos amos, los culmina, también estaban los voehn, pero no así en muchos más sitios, y según le habían dado a entender a Fassin, no constaba que en todos esos milenios ni uno solo hubiera penetrado en el sistema Ulubis para visitar Sepekte, el planeta principal, ni mucho menos para acercarse a Nasqueron, ni dignarse a tener nada que ver con su pequeña luna planeta íglantina, ni siquiera después de muerto.

Por supuesto, el nombre y la reputación de los voehn tenían otra resonancia para los humanos, ya fueran aHumanos o rHumanos. Para empezar, los actos de una sola nave voehn, hacía casi ocho mil años, habían hecho que la distinción y los dos prefijos fueran necesarios.

—Voehn. —Sal desafió a Taince—. Restos de voehn. Ese es el rumor.

Taince entornó los ojos y se irguió dentro del mono del Ejército de la Navarquía.

—Pues yo no lo he oído.

—Sí, bueno —dijo Sal—, mis contactos están un poco por encima de la garita. Fassin tragó saliva.

—Yo creía que habían quedado hechos polvo en esta cosa —se apresuró a decir, antes de que Taince pudiera replicar—. Que se habían hecho papilla, gas y eso.

—Así fue —masculló Taince entre dientes, mirando a Sal, no a él.

—Claro que sí —convino Sal—. Pero los voehn son muy duros, ¿verdad, Tain?

—Ya te digo —confirmó Taince en voz baja y monótona—. Duros de cojones.

—Es muy difícil matar a uno, y mucho más hacerlo papilla —dijo Sal, que al parecer no había advertido las señales de Taince.

—Son notablemente resistentes a la fatalidad, así como a las diversas descortesías del enemigo —dijo Taince con frialdad. Fassin tuvo la sensación de que estaba citando de memoria. Corría el rumor de que Sal y ella formaban una especie de pareja, o que por lo menos follaban de vez en cuando. Pero Fassin pensaba que, teniendo en cuenta su mirada en este momento, ese aspecto concreto de su relación, si es que había existido alguna vez, podía correr el peligro de hacerse papilla. Buscó a Ilen, para captar su expresión.

La muchacha ya no se hallaba al otro lado de la voladera. Miró en derredor un poco más. No la vio en ningún sitio.

—¿Ilen? —dijo. Miró a los demás—. ¿Dónde está Ilen?

Sal se dio un golpecito en el dispositivo auricular.

—¿Ilen? —dijo—. Oye, ¿Len?

Fassin escrutó las sombras. Su visión nocturna era tan buena como la de la mayoría, pero con la exigua luz de las estrellas y los mortecinos faros en modo ahorro de la voladera que descansaba en el declive, no había mucho con lo que trabajar. Los infrarrojos no mostraban apenas nada, ni siquiera huellas desvaídas sobre aquel extraño material desconocido.

—¿Ilen? —repitió Sal. Miró a Taince, que también escudriñaba la zona—. No veo una mierda, y el teléfono no funciona —le dijo—. ¿Puedes ver mejor que nosotros?

Taince meneó la cabeza.

—Te dan esos ojos en el cuarto año.

Mierda, pensó Fassin. Se preguntó si alguien tendría una linterna. Probablemente no. Pocos las tenían en aquellos días. Comprobó su auricular, pero tampoco funcionaba; ni siquiera tenía cobertura local. *Joder, joder, joder*. ¿Hasta cuándo se remontaba el arquetipo de aquella historia? ¿Cuatro jóvenes cogen el carro de papá y pierden una rueda justo antes del anochecer cerca de la vieja caverna neanderthal abandonada? Algo así. Se alejan en la oscuridad y son asesinados uno a uno de una forma horrible.

—Encenderé las luces de la voladera —propuso Sal, alargando la mano hacia el interior—. Si es necesario, podemos despegar y...

—¡Ilen! —gritó Taince a pleno pulmón. Fassin dio un brinco. Esperaba que los demás no se hubieran dado cuenta.

—Estoy aquí. —La voz de Ilen llegó hasta ellos desde muy lejos, en el interior de las ruinas.

—¡No es buena idea alejarse! —gritó Sal hacia el origen de la voz de Ilen—. ¡De hecho, es muy mala idea! ¡Sugiero que vuelvas de inmediato!

—Me cuesta mear delante de la gente —llegó la respuesta—. Padezco el síndrome de la vejiga vergonzosa. Ahora vuelvo, ya me he aliviado. Habla normal, o le diré a Tain que te saque un ojo.

Taince sonrió. Fassin tuvo que apartar la mirada. A veces, a pesar de la incertidumbre y la reticencia intencionadamente injustificada y a menudo en momentos como este, cuando menos lo esperaba, Ilen le sorprendía haciendo o diciendo algo así. Hacía que le dolieran las entrañas. *Que no empiece a enamorarme de ella*, pensó. *Sería insoportable*.

Sal se rió. La forma imprecisa de Ilen apareció en modo infrarrojo a cincuenta metros de distancia, sobre una ondulación del suelo surcado que semejava una colina poco pronunciada.

—Ahí está. Está bien —anunció Sal, como si la hubiera rescatado personalmente.

Ilen se unió de nuevo a ellos, sonriendo y parpadeando bajo los débiles faros de la voladera, que arrancaban destellos a su suave cabello dorado. Asintió.

—Buenas tardes —dijo, y sonrió.

—Bienvenida —le dijo Sal, y sacó una mochila de un compartimento de la voladera. Se la echó a la espalda.

Taince le dedicó una mirada feroz a la mochila, y luego al rostro de Sal.

—¿Qué cojones estás haciendo?

Sal parecía inocente.

—Voy a echar un vistazo. Puedes venir conmigo si...

—Y una puta mierda.

—Tain, niña —se rió él—, no necesito tu permiso.

—No soy una puta niña, y sí que necesitas mi puto permiso.

—¿Quieres hacer el favor de no decir tantas palabrotas? No hace falta que presumas de tu nueva grosería militar de un modo tan evidente.

—Nos quedamos aquí—sentenció ella, volviendo a emplear la voz fría—, cerca de la voladera. No vamos a adentrarnos en una nave alienígena estrellada y prohibida, en mitad de la noche, mientras se cierne sobre nosotros una nave enemiga.

—¿Por qué no? —protestó Sal—. Para empezar, es probable que ya se encuentre al otro lado del planeta, o que la hayan destruido. Y de todas formas, si esa nave forastera, o satélite de batalla, o remoto, o lo que sea, puede ver aquí dentro, cosa que dudo sinceramente, va a apuntar a la voladera, no a unas cuantas señales de calor humanas, así que estamos más seguros si nos alejamos de esa cosa.

—Hay que quedarse con la nave, siempre —dijo Taince, con la mandíbula resuelta.

—¿Cuánto tiempo? —preguntó Sal—. ¿Cuánto suelen durar estas fastidiosas incursiones, estas escaramuzas? —Taince se limitó a mirarle ferozmente—. Medio día, de media —le dijo Sal—. En este caso, probablemente, toda la noche. Entre tanto, estamos en un sitio donde normalmente no es posible estar, aunque no sea culpa nuestra, no tenemos nada que hacer... ¿Por qué demonios no vamos a echar un vistazo?

—Porque está prohibido, por eso —respondió Taince.

Fassin e Ilen intercambiaron una mirada, preocupados, pero, sin embargo, divertidos.

—¡Taince! —dijo Sal, haciendo aspavientos—. La vida es un riesgo. Así son las cosas. ¡Venga!

—Nos quedamos con la nave —repitió Taince con gravedad.

—¿Quieres salirte de la programación por un segundo? —le preguntó Sal, que parecía sinceramente molesto y miraba a los demás en busca de apoyo—. ¿Se os ocurre una buena razón para que este sitio esté prohibido, aparte de las gilipollices autoritarias, burocráticas, exageradas, territoriales y militaristas de siempre?

—A lo mejor saben más que nosotros —sugirió Taince.

—¡Oh, venga ya! —protestó Sal—. ¡Eso es lo que dicen una y otra vez!

—Escucha —dijo Taince con voz uniforme—. Entiendo tu postura en cuanto a la probabilidad de que los sistemas de la voladera estén en el punto de mira del enemigo y por lo tanto me ofrezco voluntaria para salir cada hora en punto, acercarme a la grieta del casco, donde a lo mejor funcionan los teléfonos cuando se hayan neutralizado las interferencias subsatélite, para ver si hay moros en la costa.

—Muy bien —repuso Sal, rebuscando en otro compartimento de la voladera—. Hazlo. Yo voy a aprovechar la oportunidad única de echar un vistazo a un artefacto alienígena intrínsecamente fascinante. Si me oyes gritar horriblemente será que he caído en las garras, las fauces o... el pico de algún inefable monstruo alienígena espacial que los equipos de limpieza pasaron por alto y que ha escogido esta noche precisamente, en los últimos siete milenios, para despertarse hambriento.

Taince aspiró una honda bocanada, se apartó de la voladera y dijo:

—Vale, parece que esto se puede calificar como emergencia. —Rebuscó en su mono negro, y cuando sacó la mano sostenía un pequeño aparato de color gris oscuro.

Sal la miró fijamente, incrédulo.

—¿Qué demonios es eso? ¿Una pistola? No te propones dispararme, ¿verdad, Taince?

Ella meneó la cabeza y oprimió algo en un lado del aparato. Hubo una pausa, Taince frunció el ceño y miró de cerca el objeto que sostenía en la mano.

—A decir verdad —dijo—, de momento ni siquiera te amenazo con denunciarte a la Guardia local, por lo menos en tiempo real. —Sal se relajó un poco, pero no sacó lo que había estado buscando en el compartimento. Taince meneó la cabeza y observó los tenebrosos espacios de la cavernosa embarcación que los rodeaba. Levantó el pequeño aparato gris para mostrárselo a los demás—. Esta preciosidad puede ponerme con el desechable de un niño al otro extremo del planeta, pero todavía está buscando cobertura cósmica —dijo. Parecía más confusa que avergonzada, o furiosa, pensó Fassin. En circunstancias similares, él se habría sentido mortificado y se le habría notado. Taince asintió, sin dejar de mirar hacia arriba—. Impresionante. —Volvió a guardar el portátil.

Sal se aclaró la garganta.

—Taince, ¿tienes una pistola? Es que estoy a punto de sacar una de este compartimento y hace un momento dabas miedo, parecía que estabas a punto de disparar.

—Sí, tengo una pistola —le dijo ella—. Te prometo que no te voy a disparar. —Esbozó una sonrisa que en realidad no era tal—. Y si estás decidido a explorar las entrañas de esta cosa, no pienso detenerte. Ya eres mayorcito. Es tu responsabilidad.

—Por fin —dijo Sal, satisfecho, y sacó una pistola RC de aspecto sencillo pero eficaz, y se la ciñó al cinturón—. En los compartimentos posteriores hay comida, agua, sacos de dormir, ropa extra y cosas así —les dijo, y se puso un par de parches adhesivos en los hombros de la chaqueta, que proporcionaban una luz tenue—. Volveré al amanecer. —Se dio varios golpecitos en el dispositivo auricular, y sonrió—. *Sip*, mi reloj interno todavía funciona. —Miró a cada uno sucesivamente—. Oye, es probable que no haya nada que ver; a lo mejor vuelvo dentro de una hora. —Todos se limitaron a mirarle—. No viene nadie, ¿eh? —preguntó. Ilen y Fassin se miraron. Taince observaba a Sal, que dijo—: Bueno, no me esperéis despiertos. —Y se volvió para marcharse.

—Estás muy bien preparado para esto —dijo Taince en voz baja.

Sal titubeó y se volvió hacia ella, boquiabierto. Miró a Fassin y a Ilen, y clavó la mirada en Taince, con los ojos como platos. Hizo un ademán en dirección a la lejana grieta del casco, hacia arriba, como si señalase al espacio, y meneó la cabeza.

—Taince, Taince —susurró. Se pasó una mano por su espeso cabello negro—. ¿Cuán paranoicos y suspicaces insisten en que seáis en el ejército?

—La empresa de tu padre fabrica nuestra flota de guerra, Saluus —le dijo ella—. La cautela es una estrategia necesaria para la supervivencia.

—Eso es un golpe bajo, Taince. —Sal parecía ligeramente insultado—. Pero de verdad. En serio. Venga ya. —Golpeó la mochila, exasperado—. ¡Demonios, mujer, si no me hubiera asegurado de que la voladera estaba equipada con equipo de emergencia me habrías arrancado la oreja de un mordisco por volar en pleno desierto sin las provisiones necesarias!

Taince siguió mirándole, casi sin expresión, durante unos momentos.

—Ten cuidado por dónde vas, Sal.

Él asintió, relajándose.

—Tú también —dijo—. Hasta pronto —Volvió a mirarles a todos, sonriendo—. No hagáis nada que yo no hiciera, y esas cosas. —Agitó la mano y emprendió el camino.

—Espera —dijo Ilen. Sal se volvió. Ilen sacó su pequeño macuto de la voladera—. Voy contigo, Sal.

Fassin la contempló, horrorizado.

—¿Qué? —dijo, con voz infantil, quebradiza y asombrada. Al parecer, nadie le oyó. Por una vez, se alegró de ello. Taince no dijo nada.

Sal sonrió.

—¿Estás segura? —preguntó a la muchacha.

—Si no te importa —dijo Ilen.

—Por mí bien —respondió Sal, en voz baja.

—¿Seguro que no te importa?

—Claro que no me importa.

—Bueno, no se debe salir a explorar solo en situaciones comprometidas, ¿verdad? —dijo Ilen—. ¿No es cierto? —Miró a Taince, que asintió—. Tened cuidado—. Ilen besó a Fassin en la mejilla, le guiñó el ojo a Taince y ascendió por la suave ladera hasta donde se hallaba Sal. Agitaron la mano y se alejaron. Fassin observó sus huellas en infrarrojos, las desmayadas franjas de brillo en el suelo que se desvanecían menos de un segundo después.

—Nunca entenderé a esa chica —comentó Taince, con indiferencia. Fassin y ella se miraron—. Te sugiero que ahora eches una cabezada —le dijo Taince, asintiendo en dirección a la voladera. Se hurgó en la nariz e inspeccionó el dedo—. Te despertaré antes de ir a la grieta del casco a ver si hay señal.

Un brote de fragancia estalló en algún lugar de la habitación a oscuras, y al cabo de unos instantes olió a Orquídea Noctisia, un aroma de Artiflor que siempre asociaba con la Casa de Otoño. Apenas corría el aire en la cámara tranquila, de modo que el brote debía haber estado flotando en las proximidades. Levantó la cabeza con suavidad y vio una forma diminuta, como una flor esbelta y traslúcida, que caía con la delicadeza de una gasa por el aire que mediaba entre la cama y el carro que les había traído la cena. Volvió a descansar la cabeza en el hombro de Jaal.

—¿*Hummm?*—murmuró ella, soñolienta.

—¿Viste a algún amigo en la ciudad?—preguntó Fassin, y se enrolló en el dedo un largo rizo dorado de la cabellera de Jaal Tonderon, y le acarició con la nariz la nuca de color rojo parduzco, inhalando su olor. Ella se removió contra él, meneando las caderas en una suerte de movimiento circular. Él ya se había deslizado fuera de su cuerpo un rato antes, pero era una sensación agradable a pesar de todo.

—A Ree, a Grey y a Sa —empezó ella, con voz un poco soñolienta—. Nos fuimos de compras y luego quedamos con Djen y Sohn. Y Dayd, Dayd Elasius. Ah, y Yoaz. Te acuerdas de Yoaz Irmin, ¿verdad?

Él le mordió el cuello y ella le recompensó con un estremecimiento y un grito.

—Eso fue hace mucho tiempo —le dijo.

Ella alargó una mano hacia atrás para acariciarle el costado desnudo, y le dio un cachete en el trasero.

—Estoy segura de que ella no te ha olvidado, cariño.

—¡Ja! —dijo él—. Yo también. —Eso le valió una bofetada. Luego se acomodaron el uno junto al otro una vez más; ella volvió a hacer eso con las caderas y él se preguntó si tendría tiempo para más sexo antes de irse.

Ella se volvió para mirarle. El rostro de Jaal Tonderon era redondo, amplio y muy hermoso. Durante dos mil años más o menos, las caras de los rHumanos habían tenido el aspecto que deseaban sus poseedores, que así expresaban satisfacción o indiferencia respecto de los encantos naturales que habían recibido al nacer, o el aspecto particular, modificado, que estos habían especificado más adelante. Los únicos feos eran los que deseaban hacer una declaración de principios.

En una era en la que todo el mundo podía ser bello, y parecerse a personajes famosos de la historia (ahora había leyes sobre parecerse demasiado a personajes famosos contemporáneos), los cuerpos y rostros verdaderamente interesantes eran aquellos que eran casi anodinos, o incluso poco agraciados, y no obstante se salían con la suya. La gente hablaba de caras bien parecidas en carne y hueso, pero que no lo eran en imágenes, o que lo eran en cuadros vívidos pero no en pantalla, o caras poco agraciadas en reposo que eran deslumbrantes en movimiento, o simplemente ordinarias hasta que la persona sonreía.

Jaal se decía que había nacido con una cara que parecía diseñada por un comité: un amasijo sin armonía en el que ninguna pieza encajaba del todo. Y sin embargo, casi todos los que la habían conocido pensaban que poseía un atractivo insultante, gracias a alguna alquimia de la fisonomía, la personalidad y la expresión. La opinión privada de Fassin era que Jaal todavía tenía que crecer para llenar su propio rostro, y que sería más hermosa en la madurez que ahora. Era una de las razones por las que le había pedido que se casara con él.

Todo apuntaba a que podían esperar una larga vida en común, y así como había sido sensato casarse con alguien de su profesión (y emparejarse con la aprobación entusiasta de sus respectivas septas, reforzando los vínculos entre dos de las casas

de observadores más importantes), había sido prudente tener en cuenta esa previsible longevidad.

Por supuesto, siendo ambos observadores lentos, el futuro en común de Fassin y Jaal sería absolutamente, si no relativamente, más largo que el de la mayoría de sus contemporáneos, y radicalmente distinto; en la fase dilatoria de un largo arcano, los observadores envejecían con extremada lentitud, de modo que no resultaría difícil rebasar los catorce siglos de tío Slovius, aunque estos no se acercaban al récord, ni habían llegado a su término (por suerte, naturalmente). Los cónyuges y los seres queridos de los observadores debían programar cuidadosamente su vida normal y en fase dilatoria, para no desfasarse demasiado, no fuera que los protagonistas se distanciaran emocionalmente. La vida de Tchayan Olmey, antigua tutora y mentora de Fassin, había dado un vuelco por causa de esta discontinuidad imprevista, que la había apartado de un antiguo amor.

—¿Pasa algo? —le preguntó Jaal.

—Solo es esa, ah, entrevista. —Miró el reloj antiguo que había al otro lado de la habitación.

—¿Con quién?

—No puedo decírtelo —le dijo. Había mencionado que tenía una entrevista al reunirse con Jaal, cuando esta desembarcó de su transbordador suborbital en el puerto doméstico del valle, pero ella había estado demasiado ocupada contándole los últimos chismes de la capital, y el escándalo que rodeaba a su tía Feem y el muchacho de la septa Khustrial, para hacerle más preguntas al respecto. Se había duchado, habían cenado juntos, y asuntos más urgentes habían tomado precedencia a partir de entonces.

—¿No puedes decírmelo? —dijo ella, frunciendo el ceño, y se volvió más hacia él, levantó un seno oscuro y volvió a ponerlo sobre el pecho suavemente bronceado de Fassin. Había algo, pensó él, no por primera vez, en una aureola más pálida que sus alrededores...—. Ay, Fass —dijo Jaal, aparentemente molesta—, no se trata de una chica, ¿verdad? ¿No será una sirvienta? No me jodas, antes de casarnos no, ¿verdad?

Sonreía. Él le devolvió la sonrisa.

—Es un fastidio, pero tengo que hacerlo. Lo siento.

—¿Seguro que no puedes decírmelo? —Movió la cabeza, y su cabello rubio se desparramó sobre el hombro. La sensación era mejor que la visión.

—Seguro —dijo él.

Jaal contemplaba su boca con atención:

—¿Seguro? —preguntó.

—Bueno. —Se pasó la lengua por los dientes—. Te puedo decir que no se trata de una chica. —Ella siguió contemplando su boca con atención—. Oye, Jaal, ¿tengo algo raro ahí dentro?

Ella acercó su boca a la suya lentamente.

—No —dijo—, todavía no.

—¿Es usted Fassin Taak, de la septa de observadores Bantrabal, luna íglantina, gigante gaseoso Nasqueron, sistema y estrella Ulubis?

—Sí, lo soy.

—¿Se encuentra aquí presente físicamente, y no por medio de una proyección o representación del tipo que fuere?

—Así es.

—¿Sigue siendo un observador en activo, domiciliado en las casas estacionales de la septa Bantrabal, con base de operaciones en la luna satélite Tercera Furia?

—Sí, sí y sí.

—Bien. Fassin Taak, cuanto se diga entre usted y esta entidad será estrictamente confidencial. Habrá de respetar dicha confianza, y no comunicará a nadie esta conversación, a menos que sea absolutamente necesario para facilitar el comportamiento exigido en fomento de las acciones que tendrá que realizar y los objetivos que tendrá que perseguir. ¿Lo entiende y da su consentimiento?

Fassin reflexionó sobre ello. Por un instante, cuando la proyección había empezado a hablar, se le había ocurrido de pronto que aquella esfera brillante se parecía mucho a una criatura plasmática (nunca había conocido a ninguna, pero había visto imágenes), y ese momento de distracción le había bastado para perderse el significado completo de sus palabras.

—La verdad es que no. Perdón, no intento ser...

—Repito...

Fassin se encontraba en la cámara de audiencia principal, situada en lo alto de la Casa de Otoño, un gran espacio circular con vistas en todas las direcciones horizontales y un dramático techo transparente, totalmente en blanco. Por ahora su contenido consistía en un asiento para él y un cilindro achaparrado de aspecto metálico que sostenía el globo de gas brillante que se cernía sobre su centro. Un grueso cable se extendía desde el rechoncho cilindro hasta una toma de tierra en medio del suelo de la cámara.

La esfera de gas repitió lo que acababa de decir. En esta ocasión habló más despacio, aunque por suerte no dio muestras de irritación ni condescendencia. Su voz era plana, sin inflexiones, pero, no obstante, parecía contener un asomo de personalidad, como si se hubiera digitalizado la voz de un individuo concreto para usarla como plantilla, sin eliminar por completo la expresión.

Fassin lo oyó hasta el final y dijo:

—Vale, sí, lo entiendo y doy mi consentimiento.

—Bien. Esta entidad es una proyección diplomática de los administradores mercatoriales, nivel subministerial, con autoridad de rango superior cortesía de la Ascendencia, división de Ingeniería, nivel de ingeniero superior, nave ingeniera *Est-taun Zhiffir*, transportadora de portales. Está autorizada a parecer sensitiva aunque de hecho no lo es. ¿Lo entiende?

Fassin también reflexionó sobre ello y decidió que sí, aunque por poco.

—*Sip* —dijo, y se preguntó si la proyección comprendería los afirmativos coloquiales. Al parecer, así era.

—Bien. Observador Fassin Taak, por la presente queda supeditado a la Jurisdicción Ocula. Tendrá el rango honorario de...

—¡Espera! —Fassin estuvo a punto de saltar de su asiento—. ¿Qué?

—El rango honorario...

—No, digo que, ¿estoy supeditado a qué?

—A la Jurisdicción Ocula. Tendrá el rango...

—¿La Jurisdicción Ocula? —repitió Fassin, intentando controlar su voz— ¿La Ocula?

—Así es.

Las estructuras de poder barrocas e intencionadamente laberínticas de la última era inspirada por los culmina, que incorporaban las aspiraciones y las limitaciones impuestas de al menos ocho importantes especies sometidas, así como inmensas subcategorías de razas pasajeras adicionales, y que asimismo (según reivindicaban) «contextualizaban» diversas civilizaciones menores, de alcance y ambiciones muy diversas, y que influenciaban, periféricamente al menos, a espectros alienígenas de otros al completo, comprendían numerosas organizaciones e instituciones cuyos nombres solían inspirar un grado de respeto que rayaba en el miedo, por lo menos a los que habían oído hablar de tales cosas.

La Jurisdicción era probablemente el ejemplo menos extremo; la gente la respetaba, y muchos hasta encontraban su propósito más bien aburrido, pero pocos la temían. Se trataba de una orden, disciplina y claustro paramilitar de técnicos y teóricos a cargo de lo que antaño se había conocido como tecnología de la información, de modo que también se ocupaban, aunque de un modo menos exclusivo, de los restos, aceptablemente limitados, de las tecnologías de inteligencia artificial que todavía existían en la época de posguerra.

La guerra de las Máquinas había borrado de la faz de la galaxia a la inmensa mayoría de las IA hacía más de siete mil años, y la subsiguiente paz inspirada (e impuesta) por los culmina se había establecido alrededor de un régimen que al tiempo que prohibía la investigación en el campo de la tecnología de la IA exigía la colaboración activa de los ciudadanos en la persecución y destrucción de las escasas reliquias de la misma que todavía hubiera desperdigadas. La Jurisdicción, organizada según pautas militares con una vigorizante infraestructura de dogma religioso, se encargaba de la dirección, administración y mantenimiento de los sistemas de TI cuya complejidad fuera suficiente para que corrieran peligro de volverse sensitivos, accidental o intencionadamente, pero se considerasen demasiado vitales para el funcionamiento de las diversas sociedades dependientes como para desconectarlos y desmantelarlos.

Los purificadores de los cesoria, una orden mucho más temible, se habían creado para perseguir y destruir a las IA, así como a cualquiera que intentase crear otras nuevas, o proteger, amparar o auxiliar de cualquier modo a los ejemplos existentes. Pero eso no había evitado que se formara una sección de Inteligencia dentro de la Jurisdicción, la Jurisdicción Ocula, cuyos deberes, métodos, y hasta principios, se superponían significativamente a los de los purificadores. La Ocula

era la sombría unidad, con ecos ligeramente siniestros, a la que le ordenaban unirse a Fassin, sin que pudiera descifrar de inmediato la razón.

—¿La Ocula? —dijo Fassin—. ¿Yo? ¿Estás completamente seguro?

—Completamente.

Técnicamente, no tenía elección. Para que les permitieran hacer lo que hacían, la profesión de observador debía ser reconocida oficialmente en la Miscelánea, el término incluyente que se aplicaba a los que eran útiles a los mercatoria, pero no encajaba en las categorías de subdivisión tradicionales, y como tales, los observadores se encontraban totalmente sometidos a la disciplina y el control mercatorial, y se comprometían a obedecer las órdenes emitidas por cualquiera que tuviese la autorización adecuada y un rango lo bastante elevado.

Sin embargo, eso no sucedía prácticamente nunca. Fassin no recordaba que hubieran supeditado a la fuerza a ningún miembro de la septa Bantrabal en tiempo de paz, en los casi dos mil años de historia de la septa. ¿Por qué ahora? ¿Por qué él?

—¿Puede continuar este informe? —preguntó la esfera brillante—. Es importante.

—Bueno, sí, de acuerdo, pero tengo preguntas.

—Todas las preguntas relevantes se responderán cuando sea posible y prudente —declaró la esfera.

Fassin pensaba, cavilaba. ¿De verdad estaba obligado a aceptar? ¿Cuál era la pena por desobedecer? ¿La degradación? ¿La dimisión forzada? ¿El destierro? ¿La proscripción? ¿La muerte?

—Continúo, pues —dijo el globo de gas—. Observador Fassin Taak, por la presente queda supeditado a la Jurisdicción Ocula. Tendrá el rango honorario de capitán en funciones a efectos de acreditación de seguridad, con las excepciones que exijan los superiores autorizados; el rango honorario principal de comandante a efectos de antigüedad y disciplina; el rango honorario de general a efectos de remuneración, y el rango honorario de mariscal de campo a efectos de transporte prioritario. Esta entidad no tiene capacidad para negociar estos términos. ¿Encuentra aceptable lo antedicho?

—¿Y si digo que no?

—Se emprenderán acciones punitivas. Contra usted, sin duda, probablemente contra la septa Bantrabal, y es posible que contra los observadores lentos de g'lantina en conjunto. ¿Encuentra aceptables los pormenores de su supeditación expuestos anteriormente?

Fassin tuvo que cerrar la boca. Aquella vejiga flotante de gas brillante acababa de amenazarle no solo a él, no solo a su septa, a toda su familia extendida y a todos sus criados y dependientes, ¡sino al foco principal del trabajo de importancia única que se llevaba a cabo en toda la luna planeta, uno de los tres o cuatro centros de estudios de los moradores más importantes de la galaxia! Era un ultraje tan indignante, una desproporción tan evidente, que casi tenía que tratarse de una broma.

Fassin se resistió, intentando desesperadamente encajar cuanto le había sucedido aquel día, con Slovius, con Verpych, con todos los que debían estar involucrados en la farsa, en una situación más plausible que aquella con la que al parecer se enfrentaba: una espantosa proyección de alto nivel, procedente de una nave ingeniera transportadora de portales que todavía se encontraba a doce años luz de distancia, le ordenaba unirse a una unidad de inteligencia que supuestamente campaba a sus anchas, respondía ante una orden y una disciplina de las que él no sabía más que cualquier laico, y estaba respaldada por el poder de los administradores y los ingenieros.

—¿Encuentra aceptables los pormenores de su supeditación expuestos anteriormente? —repitió la esfera.

O tal vez se estaban riendo de toda la septa Bantrabal, pensó Fassin. Tal vez nadie supiera que se trataba de una broma. ¿Quién se tomaría tantas molestias solo para ponerle en ridículo, para asustarle? ¿Alguna vez se había enfrentado a alguien que tuviera los recursos necesarios para tenderle una trampa semejante? Bueno...

—¿Encontráis aceptables los pormenores de vuestra supeditación expuestos anteriormente? —volvió a decir la esfera.

Fassin se rindió. Con suerte, se trataría una broma. En caso contrario, sería muy estúpido, y hasta peligroso, considerarla tal cuando no lo era.

—Teniendo en cuenta tus brutales e inaceptables amenazas, no tengo muchas opciones, ¿verdad?

—¿Es esa una respuesta afirmativa?

—Supongo. Sí.

—Bien. Puede hacer preguntas, observador Fassin Taak.

—¿Por qué me supeditan?

—Para facilitar las acciones que tendrá que realizar, y contribuir a la consecución de los objetivos que estará obligado a perseguir.

—¿Y cuáles son?

—En principio, tiene orden de desplazarse a Pirrintipiti, ciudad capital de la luna planeta íglantina, y embarcar en una nave que le llevará a Borquille, capital de Sepekte, principal planeta del sistema Ulubis, donde recibirá el siguiente informe.

—¿Y después de eso?

—Se espera de usted que lleve a cabo las acciones y persiga los objetivos detallados en dicho informe.

—Pero ¿por qué? ¿Qué hay detrás de todo esto? ¿De qué va todo esto?

—Esta entidad no contiene información relativa a su pregunta.

—¿Por qué la Jurisdicción Ocular, en concreto?

—Esta entidad no contiene información relativa a su pregunta.

—¿Quién lo ha ordenado?

—Esta entidad no contiene información...

—¡De acuerdo! —Fassin tamborileó en el brazo del asiento. A pesar de todo, aquella proyección debía haber recibido autoridad de alguien, debía saber el lugar

que ocupaba en la inmensa red de rango y antigüedad mercatorial—. ¿Qué rango tenía la persona que lo ordenó?

—Administrador: jefe de personal del Grupo Militar de la Jurisdicción —dijo la esfera. Bueno, eso iba directo a lo más alto, pensó Fassin. Fuera lo que fuese aquella sinrazón, gilipollez militar o despropósito, lo había autorizado alguien que no tenía la excusa de la ignorancia—. Ascendencia: ingeniero superior —continuó la proyección. (Lo mismo; ingeniero superior no sonaba tan imponente que te cagas como jefe de personal de Grupo Militar, por ejemplo, pero era el rango superior de los ingenieros, la gente que fabricaba, transportaba y emplazaba los conductos que mantenían unida a la metacivilización galáctica. En términos de poder absoluto, sin tener en cuenta la especie, un IS probablemente superaba a un JP)—. Omnocracia —dijo la esfera, con lo que semejava una nota de finalidad—: complector.

Fassin se sentó con la mirada perdida. Parpadeó varias veces. Era consciente de que tenía la boca abierta, de modo que la cerró. Le parecía que se le había tensado la piel de todo el cuerpo. ¿Un puto complector?, pensó, y ya se preguntaba si no habría oído mal. ¿Lo ha ordenado un culmina?

Un complector ocupaba el pináculo claro e indiscutible de la estructura de mando civil de los mercatoria. Cada uno de ellos ejercía un poder absoluto sobre un importante volumen galáctico, normalmente con un punto definible, como un conjunto estelar o una sección galáctica menor, o incluso mayor. Hasta el de menor antigüedad estaba a cargo de cientos de miles de estrellas, millones de planetas, billones de hábitats y trillones de almas. Al igual que sus súbditos administradores, comandaban a los jefes de las demás divisiones de la Ascendencia en su circunscripción: los ingenieros, los propileos, la Navarquía y la Flota Reunida, y siempre eran culmina. Lo único que ostentaba un rango superior a un complector era un grupo más numeroso de complectores.

Fassin pensó por un momento, mientras intentaba calmarse. Recuerda que puede tratarse de una broma. El hecho de haberse invocado la autoridad de un complector era tan ridículo que casi hacía más probable que así fuera.

Por otra parte, tenía la inquietante sensación, provocada por el vago recuerdo de una clase escolar a la que seguramente debería haber prestado más atención, de que invocar en falso la autoridad de un complector era un delito capital en potencia.

Piensa, piensa. Olvídate del complector; vuelve al presente. ¿Qué asunciones podía hacer? ¿Una del ego? Le habían inculcado la práctica de aquel test psicológico en la universidad, donde había obtenido una elevada puntuación en lo que solía llamarse la escala del «¡Yo, yo, yo!», aunque no tan alta como la de Saluus Kehar. Bueno, se le ocurría una asunción egocéntrica que podía hacer de inmediato.

—¿Cuántos van a ser supeditados del mismo modo? —preguntó.

—Por medio de una proyección diplomática, solo usted.

Fassin se reclinó en su asiento. Bueno, eso era agradable sin duda, pero sospechaba que probablemente era una señal mucho peor de lo que parecía.

—¿Y por otros medios?

—Se unirá a un grupo de oficiales de alto rango en Borquille, ciudad capital de Sepekte, donde recibirá el siguiente informe. Dicho grupo constará de un número aproximado de treinta personas.

—¿Y cuál será el contenido de ese informe?

—Esta entidad no contiene información relativa a su pregunta.

—¿Cuánto tiempo es probable que esté lejos de casa? ¿Voy a Sepekte, recibo el informe y vuelvo? ¿Qué?

—Los oficiales de la Jurisdicción Ocula tienen el deber de emprender misiones prolongadas con una antelación mínima.

—Entonces, ¿debo hacerme a la idea de que estaré fuera una temporada?

—Los oficiales de la Jurisdicción Ocula tienen el deber de emprender misiones prolongadas con una mínima antelación. Esta entidad no contiene más información relativa a su pregunta.

Fassin suspiró.

—Así que, ¿eso es todo? ¿Te han enviado para decirme que vaya a Sepekte? Todo este... follón, ¿para eso?

—No. Ha de saber que esta es una cuestión de la mayor importancia y gravedad, en la cual quizá deba desempeñar un papel importante. También que ha salido a la luz información que indica que una amenaza capital e inminente se cierne sobre el sistema Ulubis. Esta entidad no contiene más detalles a este respecto. Tiene orden de presentarse en el palacio del jerarca en Borquille, capital de Sepekte, planeta principal del sistema Ulubis, para recibir el siguiente informe, como máximo a la hora quince mañana por la noche, nueve de Deber, hora local de Borquille, Sepekte. Gcron, 6. 61... —La esfera empezó a indicar de nuevo la hora en que estaba convocado al palacio del jerarca al día siguiente en diversos formatos, como si quisiera asegurarse de que no se excusaría en el último momento para no llegar a tiempo. Fassin se sentó, contemplando una sección de ventana polarizada en blanco de color beis en el extremo más alejado de la cámara, intentando dilucidar qué demonios podía sacar en claro de todo aquello.

Joder era lo mejor que se le ocurría.

—El dieciocho de noviembre, año rHumano 4034 d. C. —concluyó la esfera brillante—. Se os facilitará un medio de transporte. El equipaje permitido incluye una bolsa de mano grande, así como lo necesario para transportar el atuendo cortesano de gala para vuestra comparecencia ante el jerarca. Debéis usar un traje de gravedad en el viaje de ida. ¿Más preguntas?

Verpych pensó un instante.

—Histeria de grado militar.

Slovius se agitó en su silla bañera.

—Explícate, por favor.

—Lo más probable es que se estén excediendo para enmendar una negligencia anterior, señor.

—¿Alguien les ha estado diciendo que hay un problema, ellos se lo han estado pasando por el forro, y de repente han reaccionado frente a la amenaza y han sufrido un ataque de pánico? —sugirió Fassin.

Verpych asintió una sola vez.

—La dinámica de toma de decisiones en estructuras de poder sumamente rígidas constituye un tema de estudio fascinante —declaró Tchayan Olmey. La antigua tutora y mentora de Fassin le sonrió, con una presencia tranquila, adusta y gris. Los cuatro estaban sentados a una gran mesa redonda en el viejo estudio de Slovius, y Slovius en persona se sostenía en un aparato semicerrado de gran tamaño que semejava un cruce entre una antigua bañera con asiento y una voladera pequeña. Fassin pensó que el semblante bigotudo y colmilludo de su tío parecía más animado, y hasta más humano, de lo que había estado desde hacía años. Slovius había anunciado al comienzo de la reunión que mientras durase la emergencia en que se hallaban envueltos, fuera cual fuese, su lento deterioro se detendría; volvía a estar completamente al cargo de la septa Bantrabal. A Fassin le había horrorizado descubrir que una pequeña y mezquina parte de sí mismo, con aires de grandeza, se sentía decepcionada y hasta un poco furiosa con su tío por no seguir resbalando por la senilidad brumosa, indiferente y desmayada que conducía a la muerte.

—La expresión que empleó la proyección fue «amenaza capital e inminente» —les recordó Fassin. Suponía que eso era lo que le había asustado, por eso había propuesto aquella reunión y se lo había contado. Si en verdad se cernía una amenaza sobre el sistema Ulubis, quería que los mayores de la septa Bantrabal, como mínimo, estuvieran informados. La única persona que no estaba presente en la conferencia era la madre de Fassin, que se hallaba en un retiro anual en un hábitat cesoriano situado en algún punto del cinturón Kuiper del sistema, a diez días luz de distancia, y por lo tanto completamente al margen del debate. Habían discutido si debían contactar con ella y avisarle de que todo el sistema estaba bajo una suerte de amenaza, pero dado que no disponían de detalles, parecía prematuro hacerlo, y posiblemente hasta contraproducente.

Olmey se encogió de hombros.

—La reacción exagerada podría muy bien extenderse al lenguaje empleado para describir el problema percibido —dijo.

—Ha habido un reciente aumento de los ataques de los forasteros —observó Verpych, pensativo.

Durante los dos siglos siguientes a la pérdida de su portal, los esporádicos asaltos de los forasteros en Ulubis, que como regla general se dirigían contra la periferia y los objetivos militares del sistema, habían disminuido hasta tal punto que apenas constituían una molestia. Los ataques eran mucho menos numerosos que en los años anteriores a la destrucción del conducto, sin duda alguna. Durante milenios, casi todos los sistemas de los mercatoria se habían acostumbrado a esas incursiones, generalmente irritantes, pero rara vez devastadoras: paralizaban el tráfico de naves y material bélico, y mantenían en vilo a toda la metacivilización,

pero nunca habían cometido auténticas atrocidades; de modo que había sido una especie de alivio para los pueblos de Ulubis, una especie de gratificación inesperada, el hecho de que por alguna perversa razón, el aislamiento temporal del sistema hubiera sido, hasta el momento, un intervalo en el que la presión militar directa hubiera disminuido en lugar de intensificarse.

Sin embargo, a lo largo del último año más o menos, se había producido un ligero incremento en el número de ataques: era la primera vez en dos siglos que el cómputo anual había aumentado en lugar de disminuir; y estos ataques habían sido de una naturaleza ligeramente distinta, en comparación con aquellos a los que habían llegado a acostumbrarse. Para empezar, no todos los objetivos habían sido unidades militares o infraestructuras: una cooperativa minera de una nube cometa había sido destruida, varias naves habían desaparecido en el cinturón y las nubes se habían descubierto a la deriva, vacías o desguazadas, un pequeño crucero transatlántico acababa de desaparecer entre Nasqueron y el gigante gaseoso más alejado del sistema, y hacía medio año que una nave armada con misiles pesados había aparecido de pronto, desplazándose al ochenta por ciento de la velocidad de la luz y dirigiéndose directamente a Borquille. La habían derribado con facilidad, pero había constituido un alarmante desarrollo de los acontecimientos.

Slovius volvió a bambolearse en su silla bañera, salpicando un poco el suelo de madera.

—¿Hay algo que no te permitan decirnos, sobrino? —preguntó, y profirió un sonido inquietante que semejava una risa.

—Nada concreto, señor. Se supone que no debo contarle nada a nadie salvo... en interés de mi misión, que por el momento consiste en presentarme en Borquille mañana a las quince. Como es obvio, he decidido interpretar esto de modo que me permita hablar con los tres, aunque os pido que no salga de aquí.

—Bueno —dijo Slovius, y emitió un ruido gutural, como una gárgara—, dispondrás de mi suborbital personal para desplazarte a Pirrintipiti para el transbordo.

—Gracias, señor. No obstante, dijeron que me facilitarían un medio de transporte.

—La Navarquía ha solicitado un permiso de salida a las cuatro y media de la madrugada —confirmó Verpych—. Tendrán que darse mucha prisa si quieren que estés en Sepekte mañana a las quince —añadió, y sorbió por la nariz—. Habrás de soportar cinco o seis gravitones durante todo el trayecto, Fassin Taak —El mayordomo Verpych sonrió—. Sugiero que empieces a ajustar tu ingesta de agua y sólidos en consecuencia.

—Mi buque estará preparado de todas formas —dijo Slovius— por si el transporte no compareciese, o fuera demasiado tosco. Ocupate de ello, mayordomo.

Verpych asintió.

—Señor.

—Tío, ¿puedo hablar con vos? —preguntó Fassin cuando la reunión se disolvió. Había esperado sorprender a Slovius antes de empezar, pero su tío se había presentado con Verpych: Slovius tenía un aspecto enérgico y triunfal, en cambio Verpych parecía intranquilo, incluso preocupado.

Slovius hizo un ademán con la cabeza en dirección a su mayordomo y a Olmey. Al cabo de unos instantes Fassin y su tío se encontraron solos en el estudio.

—¿Sobrino?

—Esta mañana, señor, cuando me preguntasteis por mis últimos arcanos, mientras descargaban la proyección diplomática...

—¿Cuánto sabía yo de este asunto?

—Bueno, sí.

—Yo mismo había recibido una señal sencilla, aunque sumamente cifrada, procedente de la nave ingeniera, para advertirme que la proyección se produciría a continuación. Había adoptado la forma de un mensaje personal de un primer ingeniero a bordo de la nave, un viejo amigo, un kuskunde: las sutilezas de su lenguaje corporal y lingüístico formaron parte de mis estudios universitarios, hace muchos siglos. No me lo dijeron, pero no obstante me dio la impresión de que todo esto podía ser resultado de uno de tus arcanos.

—Entiendo.

—¿La proyección diplomática no te dio ningún indicio en este sentido?

—Ninguno, señor —Fassin hizo una pausa—. Tío, ¿estoy metido en un lío? Slovius suspiró.

—Si tuviera que aventurar una suposición, sobrino, diría que no estás metido en un lío propiamente dicho. No obstante, he de confesar que tengo la sensación clara e inquietante de que se han puesto en marcha unos engranajes muy grandes, pesados y sumamente cruciales. Cuando eso ocurre, considero que las lecciones de la historia suelen indicar que es mejor no ponerse en su camino. Aunque no se propongan causar daño alguno, las operaciones y los progresos de estos engranajes se desarrollan en una escala tal, que resulta inevitable que el valor de la vida individual se convierta en irrelevante en el mejor de los casos.

—¿En el mejor de los casos?

—En el mejor de los casos. En el peor de los casos, el sacrificio de vidas proporciona el aceite necesario para que se muevan los engranajes. ¿Te satisface mi explicación?

—Es una forma de decirlo, señor, sí.

—Pues parece que los dos estamos a oscuras, sobrino. —Slovius consultó un pequeño anillo engarzado en uno de sus dedos atrofiados—. Y cuando se está a oscuras, dormir puede ser buena idea. Te sugiero que lo hagas.

—Bueno, Fassin Taak —dijo enérgicamente Verpych, que le esperaba al otro lado de la puerta—, por fin has hecho algo que encuentro impresionante. Gracias a ti,

parece que no solo estamos a punto de empezar a vivir una época interesante, sino que has conseguido atraer la atención de los poderosos. Enhorabuena.

Se sentaron en los sacos de dormir medio inflados, apoyando la espalda en el flanco de la voladera.

—¿Nunca te ha hablado de la Escuela de Rigor? —preguntó Fassin.

Taince meneó la cabeza.

—*Nop.* —Volvió a sacar el pequeño comunicador militar de color gris, comprobando en vano si tenía cobertura. Fassin y ella ya se habían dirigido a la grieta del casco una hora antes, buscando señal en aquel aparato o en sus teléfonos. Se habían quedado allí, bajo el resplandor brillante y trémulo de un intenso despliegue de la aurora. Nasqueron parecía una vasta cúpula invertida en lo alto, oscura, pero resplandeciente a causa de la ondulación de sus propias auroras, y moteada de un craquelado caprichoso de estallidos de relámpagos. Una serie de pequeños temblores de tierra habían vibrado a través de sus botas, pero a pesar de toda aquella agitación natural, y quizá en parte debido a la actividad magnética, en el caso de los teléfonos, no habían oído nada a través de sus aparatos.

Entonces habían regresado. Fassin rezongaba porque los forasteros atacaban un planeta conocido sobre todo por sus pacíficos centros de estudios de los moradores, y porque la Guardia, el Ejército de la Navarquía, los Escuadrones Ambientales y la Flota Reunida no les protegían mejor. Taince intentó explicarle la logística que comportaba desplazar un número suficiente de naves aguja y material bélico a través de los conductos hasta donde hicieran falta, y las ecuaciones que determinaban cuántos activos se necesitaban para proteger a tiempo completo los numerosos sistemas dispersos de los mercatoria. A pesar de que el viaje arterial entre portales era casi instantáneo, se trataba de un número inviable, económicamente insostenible. Tal vez los numerosos agrupamientos enemigos fueran endebles en conjunto, pero estaban ampliamente repartidos y a menudo operaban en una escala de tiempo extrañamente extendida. Lo importante era que *glantina* y el sistema *Ulubis* en conjunto estaban a salvo. Sus propios escuadrones eran rival para cualquier agrupamiento forastero factible, y tras ellos, a escasos saltos de portal, se hallaba la superioridad inigualable de la Flota Reunida.

Pero eso no impidió que Fassin siguiera lamentándose por los fastidiosos ataques de los forasteros, de modo que Taince había desviado el tema de conversación hacia las manías de sus compañeros de clase, sus proclividades y excentricidades, y en seguida habían llegado a *Saluus*.

—Bueno —dijo Taince—, ha mencionado que asistió a la Escuela de Rigor, pero nunca me ha contado mucho al respecto, y yo no soy su interrogadora.

—Ah —dijo Fassin. Se preguntó si *Saluus* y Taince eran amantes al fin y al cabo. La escuela, la niñez... constituían la esencia de las conversaciones de alcoba,

¿verdad? Le echó un vistazo furtivo a Taince. Aunque de algún modo «amantes» no parecía la palabra adecuada de todas formas, no para Sal y Tain, asumiendo que en efecto tuvieran una relación. Los dos parecían distintos a todos los de su curso, menos obviamente envueltos en la escena de citas, amor juvenil y sexo experimental, como si ya hubieran pasado por todo eso, o simplemente fueran inmunes de algún modo, ya fuera por predisposición natural o por su determinación inquebrantable.

Taince intimidaba a la mayoría de los muchachos de su edad, así como a muchos significativamente mayores, pero a ella no le importaba. Fassin la había visto rechazar a varios tipos agradables y decentes con un doloroso grado de brusquedad, y desaparecer con tíos fornidos pero aburridos, con quienes a todas luces tenía aventuras de una noche o de escasas noches. También había sabido que al menos tres chicas de su curso estaban perdidamente enamoradas de Taince, pero a ella tampoco le había importado eso.

Saluus había estado en una posición todavía más fuerte desde el principio; no solo era guapo (cualquiera podía serlo), sino que asumía su atractivo con desparpajo, tenía confianza, encanto y gracia. ¡Todo eso, y dinero! Iba a heredar una fortuna, le esperaba otro mundo a la vuelta de la esquina cuya superioridad estaba graduada con una precisión todavía mayor, que coexistía con el sistema jerárquico, enrevesado y monumental que les había rodeado desde su nacimiento, y que ofrecía una infraestructura alternativa de remuneración que era al mismo tiempo más novedosa y más antigua que el colosal edificio de los mercatoria, aunque en el fondo estuviera completamente subordinada a este. Al igual que los demás muchachos de su curso (y la mayoría de los de la facultad) Fassin había aceptado tiempo atrás que mientras Sal estuviera presente, siempre se era el segundo.

Y no obstante, ni Taince ni Sal (sobre todo Sal) aprovechaban sus oportunidades. Excepto tal vez el uno con el otro.

Era como si fueran adultos antes de tiempo, con agendas propias, férreas, decididas, y el sexo no fuera más que un picor que hubiese que rascar, una molesta ansia interior de la que hubieran de ocuparse de vez en cuando, con la mayor rapidez y eficacia, sin alborotos ni distracciones, para poder dedicarse a los asuntos serios de la vida real.

Extraño.

—¿Por qué? —preguntó Taince—. ¿Tú también fuiste a la Escuela de Rigor, Fass?

—¿Yo? —exclamó Fassin, asombrado—. ¡Ni de coña!

—Vale —dijo Taince. Estaba sentada con una pierna extendida y la otra flexionada, y descansaba la mano en la rodilla—. Así pues —sacudió una mano—, es duro, ¿no?

—¡Los cazan! —le dijo Fassin.

Taince se encogió de hombros.

—Eso he oído. Por lo menos no se los comen.

—¡Ja! Pero a veces mueren. Lo digo en serio. Solo son chavales. Se despeñan por precipicios, o se caen de los árboles, o se hunden en grietas, o se suicidan, porque están sometidos a mucha tensión. Algunos se pierden en los bosques, y los cazan, los matan y se los comen depredadores auténticos.

—*Mm-humm*. Entonces muchos se darán de baja.

—Taince, ¿eso no te disgusta?

Taince le sonrió.

—¿Qué, quieres decir si despierta mi instinto maternal, Fass? —Él no respondió. Ella meneó la cabeza—. Pues no. ¿Quieres preguntarme si me dan pena esos jóvenes adquirentes? Sí, los que no sobreviven. O los que acaban odiando a sus padres. Con los demás, la escuela hace lo que debe hacer, supongo; produce otra generación de auténticos egoístas. Bueno, no es cosa mía. Ni siquiera pienso en ello. Si lo hiciera, a lo mejor los despreciaría, pero como no lo hago, pues no es así. A lo mejor los admiraría. Parece peor que el entrenamiento básico.

—En el entrenamiento básico tienes una oportunidad. Estos pequeños...

—Si te reclutan, no.

—¿Si te reclutan?

—Las leyes siguen en los estatutos. —Se encogió de hombros—. Pero entiendo tu postura. Es duro para esos chicos. Pero es legal y, bueno, los ricos son de otra especie. —Parecía indiferente.

—¿De verdad Sal nunca te ha dicho nada?

Algo en su tono hizo que Taince le mirase.

—¿Quieres decir —movió sus cejas oscuras—, «después», Fassin?

Él apartó la vista.

—Como quieras.

Taince volvió a mirarle.

—Fass, ¿todo esto es por si Sal y yo follamos?

—¡No!

—Pues lo hacemos. De vez en cuando, gracias por preguntar. ¿Eso ha resuelto alguna apuesta? ¿Has ganado dinero?

—Por favor —dijo él. *Maldita sea, pensó, no sé si realmente quería saberlo, ahora que lo sé*. Fassin disfrutaba imaginando el sexo de las parejas de su clase y de su curso, ya fueran reales, potenciales o de otro tipo (vaya, en ocasiones lo había observado o había tomado parte en él), pero la idea de Sal y Taince dándose un revolcón era ligeramente horripilante.

Taince enarcó una ceja.

—Si lo pides por favor a lo mejor te dejamos mirar alguna vez. Eso es lo que te gusta, ¿verdad?

Fassin sintió que se ruborizaba a pesar de sus esfuerzos.

—Es mi objetivo en la vida —dijo, procurando parecer sarcástico.

—Y no, no ha mencionado la Escuela de Rigor —le dijo Taince—. Ni antes, ni durante ni después. A menos que yo estuviera mucho más distraída de lo que pensaba.

—¡Pero parece horrible! Duchas frías, hacinamiento, castigos corporales, privación, intimidación, degradación, y en vacaciones, ¡tienes que huir para salvar la vida!

Taince bufó.

—Acabas pagando una fortuna por la clase de tratamiento que tus ancestros intentaron evitar durante toda su vida efímera y brutal. Así es el progreso.

—Creo que al tío le ha afectado —dijo Fassin—, lo digo en serio.

—Seguro que sí —dijo Taince, con voz cansina y aburrida—. De todas formas, parece que Sal no tiene problemas con eso. Dice que le transformó.

—Sí, pero ¿en qué le transformó?

Taince sonrió.

—En todo caso, todo es culpa de tu gente.

—Oh —suspiró Fassin—, eso no.

—Bueno, es una cosa de moradores, ¿verdad?

—¿Sí? ¿Y qué cojones pasa?

—Bueno, ¿quién sacó a la luz esa información concreta de que cazaban a sus críos? —preguntó Taince, sin dejar de sonreír—. Fuisteis vosotros. Los observadores...

—No fueron...

—Bueno, los estudios de los moradores, lo que sea. —Taince agitó una mano para quitarle importancia—. Cazan a sus hijos, son una especie longeva, extendida y triunfadora, y están justo en nuestra puerta. Algún listillo aparece en busca de otra forma de esquilmar a los ricos. ¿Qué clase de lección crees que van a sacar de eso?

Fassin meneó la cabeza.

—Los moradores han existido durante casi toda la vida del universo, se han extendido por toda la galaxia, pero a pesar de su ventaja sobre todos los demás han tenido la elegancia de no transformarlo todo a su conveniencia, han formalizado la guerra hasta el punto de que ya no muere casi nadie, y dedican casi todo el trabajo de su vida a ocuparse de las mayores acumulaciones de conocimientos jamás reunidas...

—Pero nos dijeron...

—Aunque sean las bibliotecas más desorganizadas de la galaxia, y ellos sean tremendamente reacios a que entre alguien, sí, pero sea como fuere: eran pacíficos y civilizados, y estaban en todas partes, antes incluso de que se formaran la Tierra y el Sol, y ¿qué lección hemos aprendido de ellos con entusiasmo? Caza a tus hijos.

—Se notan tus apuntes de clase —le dijo Taince.

Los moradores era notorios por cazar a sus propios jóvenes. La especie estaba presente en la mayoría (la inmensa mayoría) de los gigantes gaseosos de la galaxia, y en todas las sociedades planetarias que se habían investigado con suficiente profundidad, se había descubierto que los moradores maduros daban caza a sus propios hijos, tanto en solitario como en manadas (ambas partes), a veces de improviso, pero asimismo en partidas prolongadas y sumamente orga-

nizadas. Para los moradores era algo completamente natural: una fase normal del crecimiento, una parte intrínseca de su cultura sin la cual no serían ellos mismos, así como una práctica que se remontaba a billones de años. En efecto, algunos de los que se molestaban en justificar aquella práctica frente a alienígenas advenedizos entrometidos aseguraban con cierta autoridad que, para empezar, la caza de jóvenes era precisamente una de las numerosas razones por las que los moradores seguían existiendo después de tanto tiempo y se permitían esa inofensiva diversión.

Después de todo, la suya no era la única especie longeva; supuestamente, algunos moradores habían vivido billones de años, así que si no querían congestionar la colosal cantidad de espacio vital que proporcionaban los gigantes gaseosos de la galaxia (y de más allá, según habían insinuado en ocasiones), debían mantener su número reducido de algún modo. Y las especies foráneas entrometidas, sobre todo aquellas cuyas civilizaciones eran tan inevitablemente efímeras que se denominaban los rápidos, harían bien en recordar que los moradores que cazaban habían sido cazados a su vez, y los que eran cazados tendrían la oportunidad de convertirse en cazadores en el futuro. Y de todas formas, si todo apuntaba a que ibas a vivir durante cientos de millones de años, que te cazaran durante poco más de un siglo más o menos era un detalle cuya insignificancia era tan trivial que apenas era digno de mencionarse.

—Ellos no sienten dolor, Taince —le dijo Fassin—. De eso se trata. No acaban de entender el concepto del sufrimiento físico. Emocionalmente, no.

—Lo que me sigue pareciendo improbable. Pero, ¿y qué? ¿Qué estás diciendo? ¿Que no son lo bastante inteligentes como para sentir angustia mental?

—Ni siquiera el dolor mental es exactamente lo que entendemos por dolor, a menos que haya un equivalente fisiológico, una plantilla, o un sistema de circuitos.

—Esa es la teoría de este año, ¿no? ¿Primero de Exoética?

Un temblor de tierra de intensidad moderada sacudió la superficie en que se sentaban, pero ellos lo ignoraron. Las enormes tiras de material destrozado que colgaban de lo alto temblaron.

—Lo único que digo es que son una civilización de la que podríamos aprender mucho más que cómo abusar de nuestros jóvenes.

—Creía que técnicamente ni siquiera eran una civilización.

—Vaya por Dios —suspiró Fassin.

—¿Acaso no es así?

—Sí, bueno, depende de la definición que aceptes. Para algunos, son una postcivilización, porque los grupos individuales de cada gigante gaseoso tienen muy poco contacto entre ellos, para otros son una civilización de diáspora, que viene a ser lo mismo, pero expresado con más delicadeza, pero para otros solo son un ejemplo degenerado de cómo fracasar cuando se está a punto de dominar toda la galaxia, porque perdieron interés, o bien olvidaron de algún modo el

propósito inicial de la operación, o dejaron de ser crueles, se volvieron apocados y conservadores, y decidieron que lo justo era concederle una oportunidad a todo el mundo, o les advirtió algún poder superior. Puede que todo sea cierto, o puede que sea una estupidez. Y de eso tratan los estudios de los moradores. Tal vez algún día sepamos con certeza... ¿Qué? —Había algo en el modo en que Taince le miraba.

—Nada. Estaba cavilando. ¿Todavía insistes en que no has decidido lo que harás después de la universidad?

—A lo mejor no me hago observador, Taince, ni nada relacionado con los estudios de los moradores; no es obligatorio. A nosotros no nos reclutan.

—*Mm-humm*. Bueno —dijo ella—, ya es hora de que intentemos contactar con el mundo real otra vez. —Se puso en pie con soltura—. ¿Vienes?

—¿Te importa si me quedo? —Fassin se frotó la cara, y miró en derredor—. Estoy un poco cansado. Creo que aquí estamos bastante seguros, ¿no?

—Supongo —admitió Taince—. Vuelvo en seguida. —Se volvió y se adentró en la oscuridad, desapareciendo con rapidez, y dejando a Fassin a solas con los faros mortecinos de la voladera en el espacio vasto y sin ecos.

Quería y a la vez no quería dormirse, y al cabo de unos instantes pensó que a lo mejor no se sentía tan seguro allí solo al fin y al cabo, y estuvo a punto de seguir a Taince, pero pensó que podía perderse, y se quedó en su sitio. Se aclaró la garganta y se sentó más erguido, diciéndose que no se dormiría. Pero debió hacerlo, porque cuando empezaron los gritos, le despertaron.

Partió en el falso amanecer de una alborada de albedo. Ulubis se encontraba todavía muy por debajo del horizonte, pero ya iluminaba la mitad del hemisferio visible de Nasqueron, y anegaba las mesetas tropicales septentrionales de églantina con una luz suave y aceitunada. En el norte, el despliegue de la aurora, pequeño y amarillo, aportaba su brillo tembloroso. Ya se había despedido de algunos amigos y familiares de la septa la noche anterior, y les había dejado mensajes a aquellos con quienes no podía contactar de inmediato, como a su madre. Había dejado a Jaal dormida.

Slovius, un tanto para sorpresa de Fassin, acudió a despedirle al puerto doméstico, un círculo de cien metros de granito fundido completamente plano, a un kilómetro de la casa, siguiendo el descenso de la ladera, cerca del río y del límite suavemente emergente del bosque de la meseta. Una llovizna caía desde las nubes altas y finas que se acercaban por el oeste. Una embarcación de la Navarquía, grácil, negra como el hollín, de unos sesenta metros de eslora, descansaba sobre un trípode de puntales en el centro del círculo, irradiando calor y enmarcada por la acumulación de vapor.

Se detuvieron a mirarla.

—Es una nave aguja, ¿verdad? —dijo Fassin.

Su tío asintió.

—Creo que sí. Vas a ir a Pirrintipiti con mucha elegancia, sobrino. —El yate suborbital del propio Slovius, una máquina aerodinámica pero más achaparrada, la mitad de grande que la negra nave de la Navarquía, descansaba sobre una plataforma de aterrizaje circular en el límite exterior del círculo principal. Reanudaron la caminata. Fassin, que llevaba un fino traje de gravedad de una sola pieza bajo la ligera túnica de la septa, se sentía como si caminara con una especie de gel tibio extendido desde el tobillo hasta el cuello.

Fassin llevaba el maletín que contenía su atuendo formal. Un sirviente con cola de caballo cargaba con su otra bolsa, y sostenía un gran paraguas sobre Fassin. La silla bañera de Slovius había extendido una cubierta transparente sobre él. Otra criada sostenía en sus brazos la forma dormida de la sobrina de Fassin, Zab; la niña, que se había acostado escandalosamente tarde la noche anterior y de algún modo había oído que habían convocado a su tío a Sepekte, había insistido en despedirse de Fassin, y había engatusado a su abuelo y a sus padres para que le concedieran permiso, pero había vuelto a dormirse poco después de que hubieran salido de la casa en el pequeño funicular que comunicaba con el puerto.

—Ah, y saluda a mi viejo amigo el observador jefe Chyne, de los favrial, si le ves —dijo Slovius, mientras se acercaban a la embarcación de la Navarquía—. Ah, y sobre todo a Braam Ganscerel, de la septa Tonderon, naturalmente.

—Intentaré decir hola a todos tus conocidos, tío.

—Debería ir contigo —dijo Slovius, distraído—. No, tal vez no.

Una figura con uniforme gris apareció en una plataforma descendente bajo la negra nave y se acercó a ellos. La oficial, una mujer de rostro fresco y aspecto risueño, se quitó la gorra, hizo una reverencia ante Slovius, y le dijo a Fassin:

—¿Comandante Taak?

Fassin se quedó mirándola un instante, hasta que recordó que ahora era oficialmente comandante de la Jurisdicción Ocula.

—Ah, sí —dijo.

—Primer oficial Oon Dicogra, NMS 3304 —dijo la joven—. Bienvenido. Sígame, por favor.

Slovius extendió una mano membranosa.

—Trataré de seguir vivo hasta su regreso, comandante sobrino. —Emitió un resuello que era probablemente una carcajada.

Fassin asió los dedos atrofiados de Slovius, incómodo.

—Espero que sea una falsa alarma y vuelva dentro de unos días.

—Sea como fuere, ten cuidado. Adiós, Fassin.

—Lo haré. Adiós. —Le dio un beso delicado en la mejilla a Zab, que seguía dormida, evitando despertarla, y siguió a la oficial de la Navarquía hasta la plataforma, se subió a ella y agitó la mano mientras la plancha curvada les elevaba hasta la nave.

—Nos desplazaremos a unos 5,2 gravitones terrestres durante casi todo el trayecto —anunció Dicogra, mientras guardaban la túnica y el equipaje de Fassin en una taquilla de seguridad—. ¿Le parece bien? El perfil fisiológico que tenemos sobre usted dice que sí, pero tenemos que asegurarnos.

Fassin la miró.

—¿A Pirrintipiti? —preguntó él. Las lanzaderas locales y los suborbitales aceleraban con mucha menos brusquedad, y llegaban en menos de una hora. ¿Cuán apretado era el horario?

—No, a la ciudad de Borquille —explicó Dicogra—, nos dirigimos directamente hacia allí.

—¡Ah! —repuso Fassin, sorprendido—. No, 5,2 está bien.

La gravedad de la luna planeta *´glantina* era aproximadamente la décima parte, pero Fassin estaba acostumbrado a más. Se le ocurrió señalar que su trabajo comportaba estar durante años, sin interrupción, en un campo de gravedad de más de seis gravitones terrestres, pero por supuesto eso era en una nave de flecha de morador, embadurnado de gel antichoque, y no contaba realmente.

La primera oficial Dicogra sonrió, arrugó la nariz y dijo:

—Bien por usted. El informe fisiológico decía que era bastante duro. No obstante, pasaremos casi veinte horas a esa aceleración, y solo tendremos unos minutos de ingravidez justo en medio, así que, ¿necesitáis visitar los depósitos? Ya sabéis, ¿el lavabo?

—No, estoy bien.

Ella señaló a su ingle, donde un bulto semejante a una bolsa de deporte era el único punto de su cuerpo donde el traje de gravedad gris, de varios centímetros de espesor, no se ceñía a los contornos de su carne.

—¿Necesitáis algún accesorio? —preguntó, sonriendo.

—No, gracias.

—¿Somníferos?

—No hace falta.

La capitana de la nave era una *whule*, una especie que a Fassin siempre se le había antojado un cruce entre un gigantesco murciélago gris y una mantis religiosa mayor aún. Saludó a Fassin desde el puente a través de la pantalla, y este se reclinó en un sillón inclinado, en el interior de una vaina esférica de cardán próxima al centro de la nave, junto a la primera oficial Dicogra y un miembro de la tripulación, un *whule* de aspecto frágil pero habilidoso, que al olfato humano despedía un olor a almendras. El tripulante *whule* se estiró, chasqueando las membranas de sus alas, y Dicogra se acomodó en el otro sillón de la vaina. Sus preparativos para un día de cinco gravitones continuos consistieron en arrojar la gorra en el interior de un compartimento y ajustarse el uniforme por debajo.

Al principio, la nave se elevó despacio, y Fassin observó en una pantalla desplegada en una pared curva frente a él cómo se alejaba la pista de aterrizaje circular del puerto, y cómo las figuritas que había en ella levantaban la cabeza mientras se alzaba la embarcación de la Navarquía. Creyó que Zab agitaba un brazo diminuto, y luego la bruma de las nubes se interpuso, el panorama se inclinó y se balanceó, y la nave aceleró en dirección al espacio, mientras la vaina de cardán les mantenía a Dicogra y a él inmóviles en sus asientos.